ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

EL
AZOTE DE DIOS,

DRAMA TRÁGICO

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. EMILIO GOMEZ DE CADIZ Y MISALES.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1879.

EL AZOTE DE DIOS.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar. ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL AZOTE DE DIOS,

DRAMA TRÁGICO

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. EMILIO GOMEZ DE CÁDIZ Y MISALES.

Representado con éxito extraordinario en el Teatro de APOLO en la noche del 21 de Noviembre de 1879.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1879.

713935

PERSONAJES.	ACTORES.
AURELIA, jóven dacia.....	Srta. D.ª Dolores Abril.
ATHENAIS.....	Carolina Campini.
IRÍFILE.....	Amparo Diaz.
DACIA 1.ª.....	Sra. Vargas.
IDEM 2.ª.....	Morente.
IDEM 3.ª.....	Martinez.
IDEM 4.ª.....	Vaca.
ATILA, rey de los hunos.....	Sr. D. Ricardo Morales.
GRACIANO.....	Juan Casañer.
EDECON.....	Francisco Oltra.
INACO... } hijos de Atila.....	Pedro Ruiz de Arana.
ELLAK... } hijos de Atila.....	Ramon Vallarino.
HERNAK. } hijos de Atila.....	Enrique Oliva.
ISCALMO, huno.....	Antonio García Ecija.
LELIO.....	José Gonzalez.
BERICH, guerrero escita.....	Rafael Ibarra.
OLBAR, tio de Atila.....	Eduardo Rodriguez.
MAXIMINO, embajador de Oriente.....	Melchor Ramiro.
CONSTANCIO, id. de Occidente.	Gonzalez.
UZINDURO, huno.....	Enrique Terceño.
UTO, huno.....	N. N.
EGIDIO, guerrero dacio.....	Ramiro.
UN DACIO.....	Cayetano Raya.
DOS NIÑOS.....	N. N.
ONEJESIO, ministro de Atila.. } hunos.....	Personajes mudos.
ENNEDZAR... } hunos.....	Personajes mudos.
JISELBERIO.. } hunos.....	Personajes mudos.

Guerreros dacios, hunos y escitas; cortesanos de Atila; esclavos romanos; servidumbre del rey; séquito de las embajadas romanas y bizantinas, etc., etc.

La accion pasa por los años 440 á 453. El primero y segundo acto en Naissus, pueblo de Dacia, á orillas del Morava. El tercero y cuarto en Germania.

Á LA SEÑORA

DOÑA ANA MISALES DE GOMEZ DE CÁDIZ.

Madre mia: Á tí que ocupas el primer lugar en mi corazon, debo dedicar mi primera obra. El género á que pertenece no está hoy en moda; lamentemos la causa y no tratemos de profundizarla. El público, no obstante, ha recibido con frenéticos aplausos mi modesto trabajo, y yo se lo agradezco, porque ellos resonaban en tu hermoso corazon; era la ofrenda que podía tributarte en pago de tanto como te debo.

Tu hijo

EMILIO.

Madrid 22 de Noviembre de 1879.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elazotedediosdra00gmez

ACTO PRIMERO.

EN NAISSUS.

El teatro representa una vasta plaza rodeada de edificios derruidos, que presentan los vestigios de un reciente incendio. Algunos de ellos lanzan aún llamas y humo, especialmente un templo de estilo bizantino que se elevará al fondo izquierda. Detrás del templo y ocupando el resto del foro, las murallas, destrozadas por varias partes y con montones de escombros al pié. El escenario estará intercepretado en varios puntos por maderos quemados y piedras.

ESCENA PRIMERA.

AURELIA, ATHENAIS, IRÍFILE, jóvenes DACIAS y NIÑOS.

Al levantarse el telon están todas las jóvenes arrodilladas orando; en medio, Aurelia de pié, grave, silenciosa é inmóvil. Ligera pausa.

ATHEN. (Elevando al cielo los ojos y las manos.)
Permite, ¡oh Dios! que hasta tu excelso trono
la voz eleve una infeliz criatura;

y de su audacia sírvale en abono
su llanto amargo y su fatal tristura.
No persistas, ¡oh Dios! con tanto encono
en llenar nuestros pechos de amargura;
si castigar delitos has querido,
ya bastante, Señor, hemos sufrido.
Tú lo sabes; tranquilo, floreciente
nuestro pueblo pasaba su existencia,
sin que alterara su esplendor creciente
de míseras pasiones la víolencia.
En el inmenso imperio del Oriente
ninguno como él te reverencia,
¿y querrás á tus siervos más leales
maltratar como á viles criminales?
¿Qué hemos hecho, Señor? En honor tuyo
templos tan bellos sin cesar alzamos,
que aun la altiva Bizancio con su orgullo
no te puede adorar cual te adoramos.
De tierno coro el mágico murmullo
entre nubes de mirra te elevamos,
y de lámparas mil la luz febea
hace que un cielo tu morada sea.
¿Qué hemos hecho, Señor? ¿Por qué, irritado,
de destruccion el ángel nos envias?
¿por qué abandonas á tu pueblo amado
en las manos sacrílegas, ímpias
del bárbaro que baja despeñado
de las orillas del Tanais sombrías,
á llenar de terror, de sangre y llanto
este humilde país que te ama tanto?
¿Por ventura pretendes se renueven
de Nínive y Palmira los horrores?
¿Estos no bastan ya? No te conmueven
de tus vírgenes puras los clamores?
¿Consentirás acaso que se ceben
en mostrarnos del hado los rigores,
esas hordas salvajes de bandidos,

del mismo averno á no dudar salidos?
Basta, Señor; si tu rigor es justo,
harto fué nuestra culpa redimida;
no nos apartes tu semblante augusto,
que de él, nosotros recibimos vida.
Deten, ¡oh Dios! á ese guerrero adusto,
que viene con su gente maldecida
á destruir impetuoso y ciego
lo que el hierro no hirió ó dejara el fuego.

UNA JÓVEN. ¡Piedad!

IRÍFILE. ¡Señor! en nuestros corazones
el dolor es tan grande que se encierra,
que embotadas con él las sensaciones
hasta el consuelo de llorar destierra.
Robos, incendios, muertes, privaciones
nos prodigó cruelísima la guerra;
si con tanto sufrir nos das el cielo
bendito sea nuestro inmenso duelo.
Mas observa, Señor, que el huno impío
quema tus templos y tu oprobio canta,
y que ostenta alcanzar su poderío
la total destruccion de tu ley santa;
que no perdona su tremendo brío
niño, anciano ó mujer que ve á su planta,
y que á dó llega su contacto aciago
de sangre deja para siempre un lago,
Piedad, clemente Rey de las alturas!
Concédenos tu auxilio poderoso,
y lleva á sus germánicas llanuras
á ese monstruo iracundo y orgulloso.
Vuelvan á ser las márgenes futuras
de su reino el Danubio caudaloso,
y de nuevo elevados tus altares,
torne á entrar la gloria en los hogares.

AUR. Orad, orad, imbéciles mujeres,
al Dios de la bondad, que no os escucha,
mientras no léjos valerosos seres

la muerte encuentran en tremenda lucha.
¡Abandonad inútiles clamores!
Si quereis renovar vuestra esperanza,
en vez de lamentar rudos dolores,
pensad que existe un Dios de la venganza.
Levantad esas frentes abatidas;
mirad al cielo con la faz serena,
é id á vender caras vuestras vidas
dó el ronco son de la matanza suena.
(Las jóvenes se levantan.)
Tesalónica os dá bellos ejemplos
como Esparta y Numancia de heroismo.
Si el bárbaro destroza nuestros templos,
que al destrozarnos se destruya él mismo.
Venid, corred; llevemos al combate
el entusiasmo que á los dacios falta,
y hagamos ver que en nuestro pecho late
un corazon en que el valor resalta.
Demos la vida, mas que sea con gloria;
mueran tambien sus bárbaros protervos,
y hallen en la embriaguez de la victoria
un monton de cadáveres por siervos.

ATHEN. ¡Aurelia!

AUR. ¡Sí! que el sanguinario tigre
digno rival en nuestro arrojo encuentre.
Ántes que nuestra raza se denigre
supremo esfuerzo su furor concentre.
Brille en la faz lo que el honor se precia;
arda en la mente bélico delirio,
y nuevas heroinas de la Grecia,
armadas marcharemos al martirio.
¿Qué podemos perder? Padres, hermanos,
víctimas fueron de traidora suerte.
Todo nos lo robaron inhumanos;
para vivir así, grata es la muerte!

ATHEN. ¡Oh! sí!

AUR. ¡Dios de Israel! El pueblo hebreo

se vió una vez cual este perseguido;
débil en fuerza, en decision pigmeo,
poco faltaba para ser vencido.
La sed invade su afligida gente;
la peste asoma su semblante cruel;
una mujer preséntase valiente
para salvarlo ó perecer con él.
Esa mujer al vencedor domina
como al mortal el sol desde el cenit.
¡Mi pueblo necesita otra heroina!
¡Que sienta yo lo que sintió Judit!
Mas... ¿qué estruendo? (Todos miran al fondo derecha.)

IRÍFILE. (Con espanto.) ¡Los hunos!
ATHEN. ¡No es posible!
IRÍFILE. ¡Corramos!
AUR. (Imperiosamente.) ¡Deteneos!
ATHEN. ¡Suerte impía!
IRÍFILE. ¡Son los dacios que llegan!
AUR. (Con ira.) ¡Sueño horrible!
¡Vienen huyendo y vivo todavía!

ESCENA II.

AURELIA, ATHENAIS, IRÍFILE, Jóvenes dacias y Niños; por el fondo derecha salen GRACIANO, EGIDIO y soldados dacios.

AUR. ¿Dónde vais?
GRAC. (Con amargura.) ¡Oh! no huimos de la muerte!
AUR. ¡Hermano mio! (Le abraza tiernamente.)
GRAC. (Con dulce reproche.) ¡Aurelia! ¿me acusabas?
ATHEN. ¿Y los hunos?
EGIDIO. Sembrando el desaliento
en nuestras filas.
IRÍFILE. (Asombrada.) ¿Y volveis la espalda?
ATHEN. ¿Y los abandonais?
EGIDIO. Nuestra presencia
es ya inútil.

AUR. (Con desprecio.) ¿Perdiste la esperanza?
EGIDIO. ¿De humillar al soberbio? La he perdido.
¿De morir con honor? Nunca me falta.
ATHEN. Tus acciones parecen desmentirte;
explícanos, Egidio, esas palabras.
GRAC. ¿No observas, imprudente, en nuestros rostros,
en la sangre que mancha nuestras armas,
en el dolor que nuestro ser agobia
que es imposible que temamos nada?
¿No observas que despiden nuestros ojos
rayos de indignacion, voraces llamas
que patentizan el volcan ardiente
que angosto el pecho á contener no basta?
¿Y pides pruebas que valor demuestren?
Pues bien, sí, te lo juro; tendrás tantas
que aún esos mismos sanguinarios hunos
han de aterrorizarse por lo bárbaras.
IRÍFILE. ¡Nos infundes pavor!
EGIDIO. ¿Tiemblas? ¡Es justo!
Ántes que el sol trasponga las montañas
ninguno existirá.
IRÍFILE. ¿Qué dices?
GRAC. (Á Irífile con energía y precipitacion.) ¡Oye!
Entre nuestras legiones caminaba
un anciano exforzado, esclarecido,
honra gloriosa de la triste Dacia,
¡era tu padre! En el primer encuentro
exánime cayó cual seca rama!
IRÍFILE. ¡Cielos!
GRAC. Y tú, Athenais; de tres hermanos
que ardientes y briosos se lanzáran
al campo á pelear, uno tan solo
ahora sostiene la cortante espada.
ATHEN. ¡Qué horror!
GRAC. (Á otras jóvenes.) Y tú, infeliz, huérfana quedas.
Y tú tambien, y... todas, desgraciadas,
en esos llanos, panteon del dacio,

todas perdisteis lo que más amabais.
Un puñado no más queda ¡oh desdicha!
de nuestra hermosa juventud bizarra;
un puñado de héroes, mas que al cabo
golpe tras golpe rendirán sus almas.

AUR. ¿Y qué vienes á hacer?

GRAC. Como es inútil
en salvarnos, pensar...

AUR. Quieres que salgan
cuantos en Naissus moran, y presenten
sus pechos indefensos por murallas!
Vamos pues, prontas todas á seguirte
nos encuentras.

GRAC. ¡Oh! no; accion tan alta
para morir tan sólo serviría
ademas de inocentes, deshonradas.

IRÍFILE. ¡Tienes razon!

AUR. Entónces...

EGIDIO. (Á Grociano.) ¿Titubeas
en decirlo?

GRAC. ¡Oh Dios!

EGIDIO. Gracian, ¿no acabas?

GRAC. Es verdad; nos esperan en el campo.
¡Escuchadme! Con teas incendiarias
vamos á hacer de Naissus una hoguera
que oscurezca del sol la lumbre clara.
No ha de quedar ni piedra sobre piedra
cuando traspase Atila sus murallas,
ni humano ser que al vencedor reciba
con blancos línos ni con verdes palmas.
Escoged ahora mismo; vuestra suerte
como la de nosotros está echada.
¿Quereis morír? Puñales os traemos.
¿Quereis vivir? Pensad lo que os aguarda!

IRÍFILE. ¡Graciano! por piedad!

ATHEN. ¿Dudas, Irífile,
en escoger?

IRÍFILE. ¡Tu decision me espanta!

AUR. Entre el fuego, puñal y esclavitud,
la muerte de puñal es ménos larga.
Luzca en la historia nuestro noble pueblo
al nivel de la ibérica Numancia,
y dignas nos haremos de los dacios
su ejemplo al imitar. ¡Dadnos las armas!

UNA JOV. ¡Sí, sí!

OTRA ID. ¡Vengan!

AUR. ¿Lo ves? Aún arde viva
en nuestros senos del valor la llama.

EGIDIO. ¡Tomad! ¡tomad!
(Los soldados entregan sus puñales á las dacias.)

IRÍFILE. (Ap. desfallecida.) ¡Dios mio! sostenedme!
¡De horror el corazon su impulso para!

AUR. (Empuñando con alegría el puñal que le dá Graciano.)
¡Oh júbilo! ya nada me estremece;
esta brillante hoja me resguarda,
y de Atila y sus bélicas legiones
ya no temo arrostrar la cruda saña.
Venga si quiere ese feroz guerrero
que á Europa conmovió con su mirada,
y tronos á montones derrumbando
hizo á fuertes naciones sus esclavas.
Vengan esos ejércitos escitas,
de hambrientas fieras infernal manada.
Vengan esos salvajes haraposos
que brotaron las selvas de Germania,
que dueña soy yo sola de mi vida
y nadie si no yo podrá arrancármela.

EGIDIO. ¡Mueran ántes los niños!

IRÍFILE. (Ap. cerrando los ojos.) ¡Qué espectáculo?

UN NIÑO. ¡Yo no quiero morir!
(Los soldados se apoderan de los niños, arrancándoselos á sus madres.)

OTRO NIÑO. (Á Egidio, que le ha cogido.) ¿Por qué me matas?

AUR. ¡Dios eterno! es horrible el sacrificio,

mas es preciso, tu piedad nos valga.

ESCENA III.

DICHOS, LELIO y nuevos soldados dacios penetran precipitados en la escena.

LELIO. ¡Deteneos!
GRAC. (Sorprendido.) ¡Vosotros!
EGIDIO. ¿Qué ha ocurrido?
LELIO. ¡Deteneos, en nombre de la patria!
Aún no sonó de destruccion la hora.
EGIDIO. ¡Cómo!
LELIO. Se ha terminado la batalla.
Dueño Atila de nuestras existencias
no ha querido cruel sacrificarlas.
AUR. ¿Y debeis á un perdon?...
LELIO. Sí, le debemos;
que así interesa á nuestra patria amada.
Nos mandó un emisario que nos dijo:
«Valientes dacios, deponed las armas,
»que tanto esfuerzo y decision reunidos
»no deben sucumbir en la jornada.
»Volved á la ciudad; Atila presto
»su entrada hacer en ella se prepara,
»y quiere celebrar esta victoria,
»dejándoles vivir. Dadle las gracias!»
Iba yo á contestar lleno de ira,
cuando veloz Heráclio se adelanta,
y cortés despidiendo al emisario
la oferta admite de las huestes bárbaras.
No bien aquel partió, todos los rostros
volviéronse hácia él, mas su mirada
impasible quedó, hasta que el huno
entre el polvo á lo léjos se velara.
Entónces con acento penetrante

apresurado dice estas palabras:
«Corred á Naissus; evitad al punto
»que Graciano comience la matanza,
»y decidle que parto en el momento
»á buscar un ejército á Ratiaria,
»que un mensaje de Ammiano me promete.»

EGIDIO. ¡Ammiano!

LELIO. «Si llegase de mañana
»la luz á iluminar y no volviera,
»podeis hacer lo que mejor os plazca,
»pero dejad al ménos que se intente
»este postrer aliento á nuestras ansias.»

GRAC. ¿Y marchó?

LELIO. ¡Sí!

GRAC. ¿Con quién?

LELIO. Solo.

GRAC. ¡Imprudente!
¡Si ántes de llegar le asesinaran!

IRÍFILE. ¿Conque treguas nos dais?

AUR. No te confies;
has escuchado bien que hasta mañana,
y ¡las horas se pasan tan veloces
cuando fatal un plazo nos aguarda!

EGIDIO. ¿Y Atila?

LELIO. ¡Llegará!

EGIDIO. ¿Y no pudiéramos
darle la muerte al pretender la entrada?

LELIO. Es locura pensarlo; inmensa turba
le cerca sin cesar hostil y armada.

GRAC. ¡Esperad!

EGIDIO. ¡Esperemos!

GRAC. Breves horas
nos restan de sufrir. Si de Ratiaria
no llegase el ejército ofrecido,
moriremos cual fieras sanguinarias;
mas si Ammiano nos cumple su promesa!...
¡oh! terrible será nuestra venganza!

AUR. ¡Gracian, á Dios!
GRAC. ¿Te vas?
AUR. ¡Llega el tirano!...
GRAC. ¡Oh! sí; corred, huid de sus miradas!
AUR. (Á las dacias.) ¡Seguidme!
ATHEN. ¿Qué pretendes?
AUR. (En voz baja á Athenais é Irífile.) Necesito
consultaros en vía solitaria
una idea que bulle en mi cabeza,
y ¡ay de Atila, si logro realizarla!
(Aurelia, Athenais, Irífile, las Dacias y los Niños se van por detrás del templo, fondo izquierda.)

ESCENA IV.

GRACIANO, EGIDIO, LELIO y soldados dacios.

LELIO. (Á Graciano.) ¿Y qué piensas hacer?
GRAC. (Contrariado.) ¿Qué? ¡Recibirle!
EGIDIO. (Rudamente.) ¿Y aclamarle quizás?
GRAC. (Con amargura.) ¡Oh! no podría!
EGIDIO. ¿Y si él te obligase?
GRAC. ¡Resistirle!
Mas no lo intentará su altanería.
Su indómita fiereza se solaza
en extender do quier su poderío,
y en persa villa ó en romana plaza
grabar su nombre y su estandarte impío.
En arrasar los campos que cultiva
el mísero pastor con tanto esmero,
y en ostentar aun palpitante y viva
una cabeza en su tajante acero.
Mas aplausos y dulces ovaciones
no satisfacen su carácter duro;
bástale contemplar esos montones
á que está reducido nuestro muro.
Bástale ver las piedras humeantes

que se desprenden del rasgado techo,
y de un pueblo los ayes espirantes,
para que inunde el júbilo su pecho.
Si quereis observar como se engríe
su espíritu salvaje y ominoso,
dadle horrores, vereis cómo sonrie;
¿laureles? pisarálos orgulloso.

ESCENA V.

DICHOS y EDECON, BERICH, ISCALMO, UTO y soldados hunos armados, aparecen por el fondo derecha,

EDECON. ¡Hola, dacios!
LELIO. ¡Gran Dios!
EGIDIO. ¿Ellos tan presto?
EDECON. ¿Os sorprende quizás nuestra presencia?
GRAC. (Con befa.) ¡Oh! no tal, te equivocas; nuestro pueblo
á su culto, señor, alegre espera.
ISCALMO. Mira, romano; en tus palabras noto
un acento marcado de soberbia,
que mal cuadra á un vencido miserable
que tiene que implorar nuestra clemencia.
GRAC. (Frenético.) ¡Bárbaro vil!...
LELIO. (Conteniéndolo.) ¡Graciano!
ISCALMO. (Con altanería.) ¿Qué pronuncias?
BERICH. (Deteniendo á Iscalmo.)
¡Iscalmo! por favor, deten la lengua;
que es noble al alcanzar una victoria
no oir del oprimido las ofensas.
(Dirigiéndose al grupo de los dacios.)
¡Bravos dacios! salud! Yo que he admirado
tan heróica conducta en la pelea,
no puedo consentir que perjudique
vuestra suerte futura una imprudencia.
Detrás nos siguen las legiones hunas,

Atila presto á las murallas llega;
que no sospeche que el rencor rastrero
en vuestro pecho aún albergue encuentra.

LELIO. Bárbaro, dices bien, y tú, Graciano,
retírate; tu bélica vehemencia
puede comprometer en un extremo
nuestra... tranquilidad. Vé, te lo ruega
un amigo.

GRAC. (Confuso.) ¡Partir!...

LELIO. Y así te ahorras
ver humillar á Naissus la altanera.
Eres tú muy valiente y animoso
para sufrir tan repugnante escena.
Egidio, vé con él. Marcha, Graciano.

GRAC. Gracias, Lelio; conoces mi fiereza
y comprendes que á veces no se puede
reprimir el ardor que al alma incendia.
¡Oh! por más que engañarme pretendía,
la sangre siento hervir sólo á esa idea.
Egidio, vamos, y lloremos juntos
martirio tan cruel, tanta vergüenza!
(Vánse por la izquierda.)

ESCENA VI.

DICHOS, ménos GRACIANO y EGIDIO.

BERICH. Lástima sólo su soberbia dame.

ISCALMO. Y á mi placer su pesadumbre acerba. (Con rencor.)
Marcha, impotente, cual reptil infame
á ocultar tu veneno entre la yerba.
Crezca en la soledad tu rabia insana;
y mientras que entre bélicos clamores
ruge abatida la legion romana,
muerde el polvo que pisan tus señores.

EDECON. Basta, Iscalmo, no más; ahora tu empeño
ha de fijarse en la ocasion presente,

que ante los ojos de su altivo dueño
debe Naissus estar resplandeciente.
Vecino bosque en su recinto umbrío
brindándonos está ramas frondosas;
que rindan su tributo al poderío
de las guerreras huestes victoriosas.
Rojas hogueras por do quier se eleven
para anunciar al mundo nuestro paso,
y sus negras columnas de humo lleven
de Atila el nombre desde Oriente á ocaso.
Choquen los acinasis con estruendo;
cantos de guerra sin cesar resuenen,
y al ver al Tíber ante el Rhá cediendo,
gozo mayor los corazones llenen.
Uto, Iscalmo, corred; en breve espacio
trasportadnos montañas de verdura,
para elevar en el terreno dacio
arcos de triunfo de infinita altura.
Salgan de esas espléndidas mansiones
las ricas telas y las joyas de oro,
y conmuevan del aire las regiones,
los himnos sacros de entusiasta coro.
No temais; las enseñas imperiales
desvanecieron su esplendor siniestro;
sombras son ya sus águilas caudales;
cuanto abarca la vista todo es nuestro.

(Salen por la derecha Uto, Iscalmo y varios soldados hunos.)

LELIO. (Con amarga ironía.)
Permite á un dacio que te ofrezca aunada
nuestra cooperacion, y no te asombre;
deseamos hacer digna la entrada
de aquel que lleva tan brillante nombre.
Rojas hogueras por do quier se eleven
acabas de decir há unos instantes;
fácil nos ha de ser que las renueven
esos ardientes leños humeantes.
Cantos de guerra al parecer deseas;

tambien en eso te daremos gusto.
Cantos oirás salvajes, porque veas
cómo tratamos á tu jefe augusto.
¿Quieres más? Complacer sólo anhelamos.
Tuyo es cuanto encierran nuestros lares.
¿Buscas oro? Nosotros no le usamos;
si le ves, le hallarás en los altares.

EDECON. Escucha, dacio; vuestro pueblo inmenso
en vano vencer quiso á la fortuna,
que era forzoso que su imperio extenso
fuera tan sólo una provincia huna.
El imperio romano envejecido
perdió há tiempo su brillo esplendoroso,
que los viles placeres le han sumido
en imbécil letargo vergonzoso.

LELIO. ¿Qué es lo que dices, bárbaro?

EDECON. ¿Te pasmas?
Pues repasa un momento tu memoria.
Constantinopla y Roma son fantasmas,
sombras no más de su pasada gloria.
La ambicion, el deleite, la falsía,
el ocio, la riqueza, los amores,
han ido preparando la agonía
del imperio señor de los señores.
Ya no tremola en tierras apartadas
su enseña altiva, que humillóse al cabo,
y sus cadenas, débiles, gastadas,
con esfuerzo infantil rompe el esclavo.
Ya la varia fortuna les denota
que la era de dichas hoy concluye;
ya sus jefes comprenden la derrota,
ya sus huestes sabrán cómo se huye.

LELIO. Tienes razon; mas si la suerte es varia,
esos campos que en sangre se coloran
convertidos en urna funeraria,
tambien indican que morir no ignoran.
Tiende la vista en derredor si quieres:

¿qué ves? escombros, humo, polvo, fuego,
si en testimonio tal valor no vieres,
es necesario confesarte ciego.
Llamas, ligero, soñolencia insana,
un revés de fortuna, un trance amargo;
¡ay de vosotros, si el azar mañana
nos hace despertar de ese letargo!
¡ay de vosotros si la furia rota
os lanza sus flamígeros alientos!
Si llegais á sufrir una derrota,
tras la primera seguirán á cientos.
No ha de aminorar vuestro quebranto
el recio ardor de vuestra agreste vida:
cuando la fiera se posee de espanto,
estrecho el orbe es para su huida.
Hoy la supersticion hace esforzados
los que libres no están del miedo al yugo;
mañana que se miren destrozados,
verán en nuestra sombra su verdugo.

EDECON. Un talisman tenemos poderoso
para de tal acaso preservarte;
un talisman, quizás el más precioso,
la férrea espada del tremendo Marte.
Dueños del orbe sin temor seremos
si en poder de nosotros la guardamos;
con ella al poderoso escarnecemos,
con ella á los altivos humillamos.
Atila la encontró; quiso el destino
colocar sobre él don tan brillante,
y aunque un dios se le oponga en su camino,
en vano fuera, seguirá adelante.

BERICH. Iscalmo y Uto vuelven con premura.

EDECON. Está bien.

UN DAC. (Bajo á Lelio.) (¡Oh! qué hacer?

LELIO. (Id. al Dacio.) Tranquilo espera.
Deja que hoy se embriaguen en ventura,
mañana el alba lucirá más fiera.)

ESCENA VII.

DICHOS, UTO, ISCALMO y varios HUNOS con ramas de árboles, que van colocando en diversos puntos de la escena.

UTO. Edecon, de las selvas más vecinas
estos verdes trofeos te traemos;
dones son que la tierra brota afable
para que Atila se solace en ellos.
Manda distribuir tales preseas
entre los nobles jóvenes del pueblo,
y sepan mantener palmas humildes
los que no conservaron los aceros.

EDECON. Repartidlos dó quier, y en esos muros
que aún en pié se levantan macilentos,
mostrando los vestigios y destrozos
de la tea insaciable del incendio,
colocad el espléndido follaje
para con flores ocultar su duelo.
Hoy alegre ha de ser cuanto nos cerque;
todo ha de aparecer dulce y risueño,
que tras el rudo empuje del combate
es grato al alma variar de aspecto.
(Iscalmo y varios hunos reparten las ramas entre la multitud y cubren con ellas algunos sitios del escenario.)

LELIO. (Ap.) (De humillacion tan grande la tortura,
para vengarnos la recuerde el cielo.)

SCALMO. No nos podeis tachar de ser crueles;
en lugar de trataros como á siervos
y aprisionar vuestras inquietas manos
con el pesado yugo de los hierros,
libres estais, y en nuestro gozo íntimo
una parte tambien os ofrecemos.

LELIO. Explicar la crueldad de tu conducta,
es inútil; no puedes comprendernos.
Es necesario un corazon romano,
como el espacio grande, como el fuego
ardiente, y noble como lo es el dacio
para apreciar la hiel de este veneno.
La muerte misma que febril nos dieras
ménos dolor causára á nuestro pecho,
que el humillante é inícuo servilismo
que nos impone tu salvaje dueño.
La muerte misma con placer sufriera
por Dios y por mi patria sucumbiendo;
que del martirio la brillante aureola
dá al alma fuerza para alzar su vuelo,
y vagando en los labios la sonrisa
deja escapar el postrimer aliento.

ISCALMO. No pierdas la esperanza de lograrla
como dices, si muestras tal deseo.
Queremos fecundar estas comarcas
con sangre nueva y jóven, hace tiempo
que empobrecidos hasta un grado ignoto
no dá fruto de hombres sus terrenos,
y vamos á probar si en el Morava
se encuentra la semilla de un guerrero.

EDECON. ¡Rumor se siente!

UTO. ¡Atila se aproxima!

UN DAC. (¡Atila! ¡Justo Dios!

LELIO. Llegó el momento
de morir de vergüenza ante su carro.
¡Dios nos mire en instante tan supremo!)

ESCENA VIII.

DICHOS, ATILA, ELLAK, HERNAK, INACO, OLBAR, ONEJESIO, UZINDURO, JISELBERIO, soldados hunos y escitas.

Lelio y los soldados dacios desarmados y con palmas que arrojan al suelo, se arrodillan formando la calle por donde ha de pasar Atila. Detrás de ellos están de pié con frondosas ramas y las espadas desnudas, Edecon y Berich á la derecha, Iscalmo y Uto á la izquierda, y los soldados hunos con las armas en las manos y laureles. Aparecen por el fondo derecha las legiones hunas y escitas formadas en órden y armadas; pasan por la calle que forma la multitud y van replegándose por ambos lados, detrás de ella. Onejesio, Jiselberio, Uzinduro y Emnedzar vienen despues. Soldados cautivos con trajes romanos atadas las manos á la espalda les siguen. Ellak, Hernak, Inaco y Olbar vienen lujosamente vestidos, con planchas de oro y piedras preciosas en las espadas, cordones del calzado y en los trajes, quedando en primer término en el escenario. Despues aparece el carro de Atila tirado por diez esclavos y en él Atila completamente armado. Cierran la marcha tropas hunas y escitas, que permanecen ocupando el fondo. El carro se detiene en medio del escenario, al fondo, Atila baja de él y se adelanta con lentitud.

ATILA. ¿Cómo tanta fiereza está domada?
¡La frente sobre el polvo! ¿y este era
el pueblo que oponer quiso su espada
para atajar potente mi carrera?
¿Esta aquella nacion cuyos agravios
quedaban sin vengar por lo temida,
y la bastara un soplo de mis labios
para quedar á polvo reducida?
¿Estos, aquellos héroes invencibles
de tanto orgullo y de soberbia tanta,
que lugares no ven inaccesibles
á su guerrera y atrevida planta?
¿Este el imperio cuya fama sube
á tanta altura? ¡Ilusion traidora!
Al acercarnos y tocar la nube

hallamos que su nácar se evapora.
Miserable monton, que ni aún respira,
temiendo que mi cólera les hiera,
¿qué fuera de vosotros si mi ira
una mirada sola os dirijiera?
¿Qué fuera de la Dacia si escuchando
la voz del esterminio, que aquí ruge,
su fin determinára, castigando
el necio afan de resistir mi empuje?
¿Dó esconderíais vuestra triste vida
que mi diestra segura no llegára?
¿Qué gruta os serviría de guarida
que la fiera deí Rhá no la asaltara?
En esos valles por la sangre rojos
terminaría vuestra aciaga suerte;
mas, no debeis temer por mis enojos,
en poco os tengo para daros muerte.
Basta para aquietar vuestra osadía
la leccion eficaz de diez batallas,
esos templos que humean todavía,
esas negras ruinas por murallas.
Basta á mi orgullo contemplar la frente
del coloso de Roma por la tierra,
y hacer estremecer todo el Oriente
al grito mio destructor de guerra.
Luchar es sucumbir; un dios tonante
mi brazo guía y traza mi destino;
¿quién se opondría á mi furor gigante
que no quedase inerte en el camino?
Necesito seguir; mi impulso acaso
una suprema voluntad dispone;
nada podrá elevarse ante mi paso;
tengo que ver á donde el sol se pone!
Alzad, pues; vuestros rostros aterrados
mengua son de caudillos aguerridos;
si ante mí habeis de estar siempre postrados,
no os quiero en mi presencia; siervos, idos!

ESCENA IX.

DICHOS, AURELIA, ATHENAIS, IRÍFILE y Dacias con palmas y laureles. Aurelia ha salido poco ántes y ha oido las últimas palabras de Atila; todos abren calle á su llegada, y las jóvenes pasan al centro; los Dacios se levantan. Aurelia, con una corona de laurel en la mano, se dirige á Atila.

AUR. ¡Atila! ¡Gran señor! ¿por qué enojado
separas tu mirada de este pueblo
que si hoy se postra resignado y triste
hizo temblar ayer á tus ejércitos?
La desgracia, señor, que nos agobia
no es digna de baldones ni desprecios,
é insultar el dolor del que padece
muestra tan sólo un corazon soberbio.
Tú eres grande, pues bien, grande en tí sea
todo lo que elevar puede á un guerrero,
y no descienda á inútiles rencores
el que halla el mundo para sí pequeño.
Nosotras fuimos las que al jóven dacio
animamos á dar heróico ejemplo,
y tambien, ya que el cielo no se opuso,
nosotras las que palmas te traemos.
En la region que pisas es costumbre
recibir al que vence, entre los nuestros,
con preciado laurel; esta corona
tejida es para tí, yo te la ofrezco.
(Se la presenta arrodillándose.)

ATILA. (Levantándola.) Bella jóven, ¿quién eres que animosa
te presentas á mí, y en cuyo acento
se percibe una mezcla extraordinaria
de fuerza y de humildad que no comprendo?

AUR. Soy el débil que premia á la victoria.

ATILA. Más temible eres tú que tus ejércitos.

AUR. ¡Una mujer!

ATILA. La singular belleza
que te adorna, no dudes, me da miedo.
Tú has nacido enemiga de mi raza,
¿por qué pues me recibes con obsequios?
¿en mí no ves al vencedor odioso?

AUR. Veo la realidad de mis ensueños.
Un hombre que al nacer entre los hombres,
tal fuera su valor y su talento,
que á una mirada ardiente de sus ojos
el mismo sol quedára sin reflejos.
No eres tú mi enemigo, no, te engañas;
mi corazon y el tuyo son gemelos;
Dios iguales los hizo, fué su cuna
una misma region: el universo!
No te traigo laureles porque tema
tu ira; el temor no entra en mi pecho,
en tí la fuerza de tu genio aplaudo,
en tí lo grande de tu audacia premio.

ATILA. Dacia, el mágico gozo que producen
tus palabras, es un placer tan nuevo,
tan ignorado en mi agitada vida,
que aspiro su delicia y me estremezco.
Dices bien; si el azar tan separados
nos tuvo misterioso tanto tiempo,
el mismo azar me arroja á tus comarcas
para abrasar mi alma con tu fuego.
Deba ¡oh dacia! á tus manos delicadas
el que ciñan los lauros mis cabellos,
y égida sea tu gentil ofrenda
que libre de infortunios á mi pueblo.

AUR. Tu voluntad es ley!
(Atila se arodilla ante Aurelia, y ésta pone la corona en la frente del huno, diciendo al mismo tiempo:)
Haga el destino
que esta corona que en tu frente dejo,
derrame sobre tí la luz purísima
que á la mansion conduce del Eterno.

ESCENA X.

DICHOS y GRACIANO.

Graciano aparece pálido, convulso, aparta con violencia á los qua están delante, y queda atónito en medio de la escena al ver á Aurelia.

GRAC. ¡Mi hermana! no es posible... ¡Oh Dios! ¿qué miro?
¡Aurelia! maldicion!...
(Frenético se lanza hácia Aurelia con un puñal en la mano; ésta, aterrada, se refugia á las plantas de Atila, que toma una actitud imponente, protegiéndola. Varios hunos se apoderan de Graciano.)

AUR. ¡Gracian!

ATILA. ¿Qué es esto?

GRAC. (Sujeto por los hunos y desesperado.)
¡Que si el rayo en mi frente no se estrella,
voy á dudar que hay Dios en ese cielo!!

CUADRO.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Campo de Atila. Á la derecha del actor la tienda de este; diversas tiendas más secundarias ocupan el escenario. Al fondo el rio Morawa; un poco á la izquierda y á lo lejos parte de las ruinas de Naissus.

ESCENA PRIMERA.

EDECON, BERICH.

EDECON. Todo tranquilo al parecer reposa;
despues del clamoreo y la algazara
que la sangrienta lid siempre ocasiona,
ha vuelto, amigo, á renacer la calma.

BERICH. Es bello este país; un sol ardiente
como nunca le ví en nuestras comarcas,
presta una excitacion desconocida
que anima al mismo tiempo que avasalla.
Estos campos tan ricos, tan feraces,
llenos de una verdura tan lozana,
están brindando á nuestras bravas huestes
á descansar en su constante marcha.

EDECON. Atila lo desea; ha suspendido
su próximo viaje á la Germania,
é ignoro aún si abriga el pensamiento

de pasar con su ejército el Morawa.
La Grecia ante nosotros se estremece;
Bizancio nos suplica, al ver la llama
que elevan tantas villas destruidas
por su indómita furia castigadas.
Más de veinte ciudades populosas,
víctimas fueron de la tea incendiaria,
y otras, cual Singidunum y Sardica,
muy presto lo serán por su arrogancia.
Nada á nuestro denuedo se resiste;
desbordado torrente, ansioso arrastra
cuanto obstáculo encuentro en su camino,
y sólo ante el Occéano se para.

BERICH. Es bien cierto, Edecon; y estar debemos
satisfechos al ver que nuestras armas
humillan al aconcio de la Grecia,
y al breve pílum de la altiva Italia.
De hoy más esa barrera formidable
que siempre se encontró en nuestras montañas,
barrera que el temor hizo gigante,
y repulsiva acaso la ignorancia,
no existirá; países más amenos
que la fria region de la Sarmacia,
se nos muestran espléndidos de frutos,
adornados de flores, ricos de aguas.
¿Quién ha de preferir aquellas nieves,
manto siniestro que terror nos causa,
á esta luz que difunde la alegría,
á este verdor que nuestra vista embriaga,
á este ambiente que llena todo el pecho,
á esta tierra que brota la abundancia?

EDECON. No te falta razon; pero intranquilos
tenemos que asentar aquí la planta,
que oculto el enemigo, siempre puede
buscar en nuestro sueño la venganza.
Y, créeme, yo prefiero aquellos riscos
estériles y pobres, las nevadas

llanuras dó nacimos, nuestras selvas
sin luz, sin atractivo, solitarias,
pero seguras, á este rico valle,
que sin cesar reserva una asechanza
en el cam que nos sirven en la copa,
ó en el puñal que viene por la espalda.
Mas... alguno se acerca...

BERICH. Son los hijos
de Atila, que sin duda la hora aguardan
de ir á presencia de su egregio padre.

EDECON. Guerreros son de condicion bizarra.

ESCENA II.

DICHOS, ELLAK, HERNAK ó INACO, por la izquierda.

HERNAK. Berich ¿mi padre?

BERICH. Aún no se ha presentado;
con Olbar y Uzinduro estensa plática
há tiempo tiene.

ELLAK. ¿Y nadie más que ellos
en este instante, Berich, le acompaña?

BERIGH. Nadie, señor.

ELLAK. ¿Por mí no ha preguntado?
¿Emnédzar no ha venido?

BERICH. No.

ELLAK. Su marcha
me tiene inquieto; necesito al punto
un emisario fiel para Germania,
y Emnédzar no aparece, ¿dónde ha ido?

EDECON. Apenas en Oriente vióse al alba
rasgar las sombras de la triste noche,
cuando llamado por la voz sagrada
fué de tu padre y rey, y de sus labios
órdenes superiores escuchára.
Cual es ese mandato, no lo ha dicho,

ha partido é ignoro donde se halla.

INACO. Quizás, Ellak, coincida tal ausencia
con tu deseo.

HERNAK. Es fácil.

ELLAK. No; te engañas.
Aunque es nuestro señor el soberano
de todo el territorio, veces raras
se mezcla, sin decirlo, en nuestros mandos,
á no exigirle pública importancia.
Rey soy por él de numerosos pueblos,
y nunca demandó razon exacta
del gobierno que fía á mi cuidado,
sino para pedir hombres ó armas.
Emnédzar si partió, no fué su objeto
el traspasar los límites de Dacia,
pues sabe que no debe marchar léjos
sin ciertas precauciones necesarias.
Los bulliciosos Gépidos no inspiran
á nuestras huestes ciega confianza,
y no es prudente atravesar sus reinos
sin la seguridad de mil espadas.
Ellos, los Ostrogodos, los Alanos,
los Quados y los Suevos, gentes bravas
y diestras en el arte de la guerra,
no se encuentran del todo subyugadas.
Sufren nuestro poder, y toman parte
en nuestras más espléndidas batallas,
mas el tiempo tan sólo consolida
la mezcla informe de naciones varias.
Si el destino, al presente favorable,
pudiera ser contrario por desgracia,
pronto esos lazos que su cuello anudan
en coronas triunfales se trocáran.

BERICH. Atila llega.

INACO. ¡Nuestro padre!

HERNAK. Hoy
meditabundo como nunca se halla.

ESCENA III.

DICHOS y ATILA, que sale de su tienda. Todos se inclinan ante él.

ATILA. (Se adelanta; al reparar en sus hijos se dirige á Ellak.)
No es fácil, Ellak, siempre la victoria;
dias de lucha interna se preparan,
que el espíritu inquieto del vencido
pretende hallar consuelo en la venganza.
Más cuesta conservar lo que se goza,
que llevar un ejército á campaña
nueva y difícil, dó el botin promete
rico venero á la codicia humana.
Órden tiene Uzinduro de buscarte.
Noticias recibí, y en la Germania
parte de nuestras fuerzas son precisas
sin demora.

ELLAK. Tambien con tal demanda
á tu tienda mis pasos dirigía.

ATILA. En breve partirás; glorias te aguardan
dignas de tu valor; dócil la suerte
lleva el terror adonde van mis armas.
Ayer, ansioso consulté los hados,
al ver que densas nubes se agrupaban
en torno de mi régio poderío
fraguando acaso tempestad lejana;
mas nada hay que temer; gratos augurios
bajaron del altar, dó se ostentaba
del ser que nos dirige en los combates
el talisman valioso de su espada.
Edecon, un ejército aguerrido
debe llegar hoy mismo á esta comarca;
son Quados y Acatreros, al instante
con ellos marcharás sobre Ratiaria,
que en el justo temor de ataque mio
resistencia gigante nos prepara.

Berich, valiente escita, ante tus ojos
se van á abrir las puertas deseadas
de la fértil Iliria, y las riberas
de ese mar Superior que ver ansiabas.

BERICH. ¡Señor! (Inclinándose.)

ATILA. Arde mi ser en fuego ignoto,
y para alimentar su voraz llama,
poco es el suelo que mi planta oprime,
necesito la púrpura romana.
¡Roma! ¡Constantinopla! Esos dos nombres
jamás del pensamiento se separan;
y hasta ver sus palacios derribados,
y sus vírgenes puras mis esclavas,
ni ha de gozar mi brazo de reposo,
ni he de dormir tranquilo una jornada.

ELLAK. ¡Señor?

ATILA. ¡Marchad!

ELLAK. Cuanto tu voz dispone
tendrá efecto.

ATILA. Edecon, la jóven dacia
cuya vida salvé, á mi presencia
venga al punto; deseo interrogarla. (Todos se retiran.)

ESCENA IV.

ATILA.

Misterios por do quier, esta es la vida;
mezcla confusa de placer y llanto.
Cuando apenas la gloria nos convida,
llegan las horas de letal quebranto.
Siempre igual; siempre igual; férrea cadena
nuestro impulso de águila detiene;
la luz un punto nuestros ojos llena
cuando la sombra del sepulcro viene.
Lucha eterna que rinde ó embriaga;
que al alma oprime ó que en placer anega;

lucha que al fuerte sin cesar halaga,
lucha que al triste con furor doblega.
Variantes sin fin; hoy caprichoso
sonrie el acaso ó nuestra idea trunca;
¿no ha de hallar el espíritu reposo?
¿no ha de romper sus eslabones nunca?
¡Esto que siento arder en mi cabeza,
chispa brillante que brotó el destino,
¿ha de hacer irrision de mi grandeza?
¿se borrará en mitad de mi camino?
¿No ha de ser mi poder bastante fuerte
á oponerse á su marcha destructora?
¿á detener el carro de la muerte
un instante no más, tan sólo un hora?
No; una voluntad que no comprendo
quiere en la sombra lo que yo deseo;
oye sín duda lo que estoy oyendo,
mas hace siempre lo que no preveo.
¡Fatalidad cruel! mientras tu nombre
suene en los labios con medroso acento,
una larva tan sólo será el hombre,
que se arrastra con torpe movimiento.
Mientras este voraz, ardiente fuego
que nuestra mente á los espacios lanza,
inquieto brille y se consuma luégo,
jamás de ser feliz habrá esperanza.
¡Mísera humanidad! Júzgase inmensa
cuando fútil ventaja acaso obtiene;
abarcar con su mano al orbe piensa
y un átomo de arena la detiene.
Y en tan constante y decidida guerra,
¿no he de humillar alguna vez la suerte?
Si no realizo cuanto aquí se encierra,
(Señalando la frente.)
no hay para el hombre sino lucha y muerte.

ESCENA V.

ATILA y AURELIA, por la izquierda.

AUR. Atila, ¿qué deseas?
ATILA. Quiero hablarte.
AUR. Tu esclava soy, ordena.
ATILA. Ayer, insano,
de mi poder supremo haciendo befa,
un jóven pretendiera asesinarte.
AUR. Ese jóven, señor, era mi hermano.
ATILA. Tu vida peligró.
AUR. Sé te la debo,
y por ello dar gracias anhelaba.
ATILA. Atrevido mostróse el tal mancebo.
¿Qué idea le guiaba?
¿Qué frenesí iracundo
para tal desvarío le impulsaba?
AUR. Graciano es de los dacios belicosos
quizás el más osado, el más ardiente,
y pensamientos nobles, generosos,
invaden sólo su espaciosa frente.
Vírgen su alma del oprobio indigno,
juzgó que yo su nombre oscurecía,
cuando con mis laureles,
animosa, señor, á tí acudía.
Creyéndose infamado
á tus piés contemplando su linaje,
no pudo reprimir ¡desventurado!
de las pasiones el revuelto oleaje.
Yo que conozco su carácter fiero,
yo, que por él deliro,
el rubor de su alma considero,
el mismo extremo en su dolor admiro.
ATILA. ¿Ámasle?
AUR. Como amar nadie pudiera.

Desde la edad primera
todo á su afecto singular lo debo.
Aun ayer, en su furia vengativa,
mi corazon le amaba;
luto en el alma por su ofensa llevo,
mas confieso que al verle me extasiaba.
La mirada de fuego, el desvarío
irradiando del pálido semblante,
el labio balbuciente... ¡hermano mio!
¡qué hermoso estabas en aquel instante!
Todo en su ser indignacion respira,
todo orgullo legítimo, grandeza;
arma su diestra, trémula de ira,
con la brillante hoja,
y en medio de tu séquito se arroja.

ATILA. ¡Indomable entereza!

AUR. Sí, indomable!
Con mil lanzas no más como Graciano,
tu ejército atrevido y formidable
pronto sintiera el poderío romano.

ATILA. Si es, hermosa jóven, como indicas,
debes considerar que en tu vehemencia
al mísero guerrero perjudicas,
pues de mi labio pende su sentencia.
En mi campo le tengo aprisionado;
hoy no debo temer por su fiereza;
mas siendo tan valiente y esforzado
como sin meditarlo has declarado,
caerá mañana al suelo su cabeza.

AUR. (Con un grito.) ¿Atila!
(Transicion.) ¡No! sin duda te complace
jugar con las pasiones;
á un hombre como tú no satisface
la dulce paz que en nuestro pecho nace
cuando se aleja el alma de emociones.
¡Es juego peligroso!

ATILA. ¡Te equivocas!

El que al mar puso freno soberano,
el que ha hecho rodar las altas rocas,
no ha de temer al hormiguero humano.
Cuando mi vista entra
más allá de la niebla que nos cubre
y nada grande que la absorba encuentra;
cuando con frente erguida
contemplo las miserias de la vida,
sus pobres ambiciones,
sus deseos pueriles,
la lucha de sus fútiles pasiones,
sus combates ridículos ó viles,
y en mi interior penetro,
y la luz de mi mente resplandece
su espacio iluminando,
aumentando mi ser, que sube y crece
los ámbitos aéreos ocupando,
y á lo lejos diviso
el confuso perfil, vago, indeciso,
de la humana criatura,
que sin poder ni brío
entre el polvo se arrastra á la ventura,
y comparo su ser con el ser mio,
tan diverso me hallo,
que mi faz de vergüenza se colora
al verme de esta forma revestido,
y si mi aliento superior bastara,
á los aires lanzándome, atrevido,
en águila gigante me trocara.
Considera si puedo
á un mortal miserable tener miedo.

AUR. Entónces, rey altivo, por qué llevas
en pos de tí la ruina y el espanto?
¿por qué en los infelices cruel te cebas,
si indignos son de que los mires tanto?
¿Por qué clamas con lengua jactanciosa,
haciendo alarde de tu furia acerba,

que á do la planta tu caballo posa
no vuelve nunca á germinar la yerba?
¿Por qué destruyes pueblos á millares?
¿Por qué dejas tu ruta señalada
con la tea, incendiados los altares,
los campos arrasados, con la espada?

ATILA. Tienes, dacia, tal mágia seductora
que me place escucharte;
no me ofende tu voz encantadora,
y voy á contestarte.
¿Has visto acaso al caudaloso rio
despeñado en inmensa catarata
lanzando al aire entre vapor sombrío
la hirbiente espuma que sofoca y mata?
¿Has visto al rayo que la nube encierra
cruzar veloz por el espacio oscuro,
iluminar fatídico la tierra
y hendir el alto abeto
que le abriera sus brazos indiscreto?
¿Has visto alguna vez de entre las olas
surgir montañas de rugiente espuma
al sol amenazando,
invadiendo el espacio con su bruma
y en sus antros bajeles sepultando?
¿Has visto al huracan, ser impalpable,
que enfurecido grita y nos aturde,
y cuya fuerza ruda y formidable
con invisibles brazos
cuanto encuentra ante sí rasga en pedazos?
¿Has visto en tus montañas por ventura
con horrible estampido
saltar al aire la corteza dura,
y columna de fuego
de su profundo cráter salir luégo?
Y bien, ¿qué causa ignota
origina esos medios destructores?
¿quién envía esas fieras avalanchas

que envuelven al mortal en sus furores?
No lo dudes; un Dios terrible y justo
vuestra maldad castiga,
y al rayo, al huracan, al fuego, al rio,
con mano firme á destruir obliga
cuanto á sus leyes se resiste impío.
La catarata inmensa,
el abismo incendiado,
el mar sobre la playa desbordado,
del ígneo cráter la humareda densa,
todo obedece á su rencor sagrado.
De esa suprema voluntad yo siento
mi voluntad en pos;
yo soy de su justicia el instrumento,
yo ¡el azote de Dios!

AUR. ¡De Dios! ¿Fuera posible?
¿Dios castigar nuestra maldad querría
de modo tan horrible?
¿Dios agobiarnos por tu mano impía?
No, no; tu pueblo rudo,
de groseras ideas y desnudo
de cuerpo y alma, sanguinario y fiero,
nunca puede haber sido
por un Dios justiciero
para humillar su lábaro escogido.
Un orígen excelso é imaginario
que aturdiera á tu gente,
dar á tu ira tu vehemencia plugo;
mas si sufre la víctima inocente,
¿qué castigo reservas al verdugo?
¿Es tu pueblo tan recto
que sobre sí no tenga mancha alguna?
Su sabio proceder ¿es tan perfecto
que no tema los cambios de fortuna?
¡Ay, Atila infeliz! La gloria vana
te oscurece la sangre y los horrores,
mas ¿no has pensado que podrá mañana

llegar la vez en que tu crímen llores?
Embriagado en el éxito al acaso
tu bullicioso espíritu se lanza,
sin ver que puede detener tu paso
la desesperacion de la venganza.
Piensa en Dios, piensa en tí; la frágil vida
sólo un momento brilla lisonjera,
y al extinguir su luz esplendorosa,
tras esa tumba que te llama ansiosa
la eternidad te espera.

ATILA. Dacia, mi bien, en tus palabras bebo
raudales de ventura;
siento en mi pecho sensacion tan pura,
regocijo tan nuevo
que privarme de él fuera locura.
Escuchar la dulcísima armonía
que brota de tus labios,
con decision anhelo;
no me abandones tú que eres el dia
que ha de alumbrar mi cielo.
Si ves en mí al victorioso atleta
cuya voz estremece al caos profundo,
de hoy mas irá á tu voluntad sujeta
la esperanza del mundo.
No pretendo comprar de tu cariño
el inmenso tesoro;
sé que mi fuerza fuera la de un niño
al querer arrancarte un yo te adoro.
Libre estás; de tu hermano la existencia
segura está tambien; si tu desprecio
á mi amor das en pago,
no temas que su vida fuera el precio
que pusiese á tu halago.
Si encuentra un eco mi pasion ardiente,
bella reina serás del pueblo mio;
si te espanta seguir al Rhá potente
marcha á do quieras, tu ventura ansío.

AUR. ¡Dios!

ATILA. Con violento impulso
mi corazon se agita al contemplarte;
y aun los dicterios que en tu labio escucho
á mi pesar me inclinan á adorarte.
Atila nunca amó; aunque sujeto
á la mezquina ley de la natura,
nunca hasta hoy adivinó el secreto
que me está revelando tu hermosura.
Nunca escuchó un acento cadencioso
que asemejase al tuyo,
y no halló ni en el sueño más dichoso
el dulce son de tu constante arrullo.
Habla, dacia, no temas; si te inspiro
esa aversion que el vencedor produce
cuando llena de horror nuestros hogares,
no ocultes tus enojos;
todo en tí me seduce;
mas no me prives de mirar tus ojos.

AUR. Jamás pensé que el singular guerrero
que en mar de sangre las regiones muda
con su implacable acero,
una fibra tuviera
que á sensacion amante respondiera.
Me place ver bajo tu aspecto duro
un corazon lozano;
¡todo es en tí notable!
y al brindarme tu sólio soberano,
tu amor inapreciable,
mentido sueño de ambicion parece
que sólo el escucharlo me estremece.
¿Amor? Yo no te amo; tu figura
en mi mente se borra
como niebla que al sol se desvanece
perdiéndose en la altura.
Pero queda de tí pavor suave
que al alma llega sin la forma humana,

como el arpegio de canora ave,
como el perfume de la flor lozana.
Yo no te amo; mis pupilas cubre
venda de sangre que pavor me causa;
pero tambien anhelo contemplarte,
y estática mi vida pasaría,
si llegára á mirarte
atento siempre á la palabra mia.

ATILA. ¿No me engañas?

AUR. ¡Oh Dios! Torpe mi labio
haga tal vez á tu soberbia agravio.

ATILA. ¿Ofenderme tu amor? ¡Oh! no lo espero.
¿Tu nombre?

AUR. Aurelia.

ATILA. De tu hermano quiero
las cadenas romper; ahora yo mismo
le volveré á tus brazos presuroso.
Un instante no más aquí le aguarda;
muy presto volverá.
Dile que Atila, su feroz contrario,
admira su heroismo,
su arrojo temerario,
y que el monstruo cruel que al mundo espanta,
como el lebrel humilde,
prisionero le tienes á tu planta.
Dile que nueva luz ante mí brilla,
luz que irradiando de tus ojos veo;
dile que eres el sol que mi alma humilla,
y yo el brazo que cumple tu deseo.
(Atila penetra en su tienda.)

ESCENA VI.

AURELIA.

¡Incomprensible arcano del destino!
Ha logrado una ráfaga ligera

convertir de repente en viva hoguera
un corazon que se juzgó divino.
Fiero huracan en recio torbellino
lleva el estrago á su placer do quiera;
gira potente sin hallar barrera
que logre contenerle en su camino.
¡Senda espinosa, por demas ingrata!
pues aunque marcha de arrogancía lleno,
su furia en vano sin piedad desata,
que hay quien le aguarda con valor sereno.
Si eres tú el huracan que ruge y mata,
yo seré el iris que te ponga freno.

ESCENA VII.

AURELIA, ATHENAIS é IRÍFILE, por el fondo izquierda.

IRÍFILE. ¡Aurelia! al fin te hallamos!
ATHEN. Intranquilas
tu suerte nos tenía; nuevas tuyas
preguntar anhelábamos y nadie
se mostraba sensible á nuestras súplicas.
Temiendo que la cólera del huno
te hubiera aprisionado en cárcel dura,
por castigar de tu valiente hermano
el arrebato heróico de su furia,
nos atrevimos á salir de Naissus
para acudir ansiosas en tu ayuda,
brindando al huno por tu vida cara
las nuestras tan inútiles y oscuras.
AUR. Afecto semejante me conmueve;
pero no es necesaria por fortuna
la noble decision que al campo os trajo;
libre estoy, ya lo veis; el rey me escuda.
Dios que á la Dacia con su fé ilumina,
no puede tolerar que así sucumba

y deja resbalar en nuestro pecho
el grato aliento de esperanza pura,
como el cielo entre negros nubarrones
permite á veces contemplar la luna.

IRÍFILE. ¿Has conseguido acaso?...

AUR. (Con viveza.) ¡El labio sella!

IRÍFILE. ¡Oh! perdona! Es verdad.

AUR. ¡Has de ser muda!
Millares de existencias se confían
á tu sillencio ¡no lo olvides nunca!

ATHEN. Graciano se aproxima.

AUR. ¡Oh Dios! dejadme
sola con él.

ATHEN. ¿No temes sus injurias?

AUR. No, marchad; y decid al pueblo dacio
que vuele presuroso á estas llanuras.
(Athenais é Irífile se van por el fondo izquierda.)

ESCENA VIII.

AURELIA y GRACIANO, por la derecha.

GRAC. ¡Aurelia! ¡Dios!

AUR. (Arrodillándose ante Graciano.)
¡Gracian! Tú que tan noble
tienes el corazon, tú que á la patria
veneras en la fé de tu entusiasmo
como se adora á Dios en nuestras aras,
no me condenes sin oir al ménos
de mi labio veraz una palabra.

GRAC. ¡Aurelia! ¡hermana mia!

AUR. Si merezco
la muerte, de tu mano resignada
á recibirla estoy; no me intimida
de tu justicia la iracunda saña.
Mas... que dudes de mí, de mi honor patrio,
de mi virtud, Gracian, eso... me espanta!

GRAC. (Levantándola.)
¡Aurelia! ¿tú á mis piés?... ¡Oh! por Dios sacro!...
Tu ruego humilde me conturba el alma.
Yo el miserable soy, que no merezco
tu magnanimidad; la ira bastarda
mi razon embargó, y horrible vértigo
á ofenderte, mi bien, cruel me arrastraba!
¡Dudar de tu inocencia? ¡Desvarío!
¿No hemos nacido de una misma rama?
¿no corre en nuestras venas igual sangre?
¿no hay en nosotros dos tan solo un alma?
¿Y dudara de mí? Sería demencia;
pues bien, Aurelia, sí; ántes dudara
de mi propia existencia, hasta de cuanto
mis ojos ven, que de tu honra.

AUR. (Con reconocimiento.) ¡Gracias!

GRAC. ¡Si pudieras leer en mi conciencia
el horror de mi cólera insensata,
al comprender que pudo en su delirio
verter tu sangre para mí sagrada!
¡Si pudiera expresarte los tormentos
que he sufrido en las horas solitarias
de mi oscura prision, cuando la mente
tu imágen seductora acariciaba,
compasion me tuvieras! El insomnio
dando á mi fiebre exaltacion extraña
quimeras me fingía, que el espíritu
con verdadero espanto rechazaba.
¡Qué espectros en la noche silenciosa
me fueron á inquietar! Lúgubre parca
con risa horrible de rencor saciado
tu sangriento despojo me indicaba!
Ya de tus ojos la celeste lumbre
desparecía bajo niebla opaca,
y ancha franja de púrpura en tu seno
acerado puñal abriendo estaba.
Perdona mi delirio; huyamos luégo

de estos parajes de memoria infausta,
y busquemos la muerte inevitable,
pero vengando á la oprimida patria.

AUR. Tu bravura mi espíritu reanima;
sí, debemos luchar; la lucha es santa.

GRAC. Mano invisible la prision horrenda
de abrir há un punto, misteriosa, acaba,
y un soldado al salir, dióme la órden
de venir á este campo. ¿Quién me salva?

AUR. Yo, Gracian.

GRAC. No comprendo.

AUR. El soberano
de esos hijos salvajes de Sarmacia,
que incendian y que asolan y acuchillan,
y en noble sangre con placer se embriagan;
ese rey poderoso y altanero
que desgarrando la unidad romana
humilla sus provincias una á una
con suerte sin igual, ese me ama.

GRAC. ¿Él? ¡que horror!

AUR. Sí, ¡qué horror!

GRAC. ¿Y tú, inocente,
no has huido al notarlo?

AUR. Te dejaba
en su poder temible, y tu cabeza
satisfacer podría su venganza.
No huí, no; le busqué. Halló en mi acento
la dignidad altiva de la Dacia,
que no esperó encontrar, acostumbrado
al servilismo innoble de su raza,
y prendado quedó; su genio adusto
adquirió para mí dulzura extraña,
y á mis piés humillado como un siervo
su trono me ofreció, su vida, su alma.

GRAC. ¿Y al rechazarle tú?...

AUR. No, hermano mio,
si no le rechacé; si yo lo ansiaba!

¡si esperando alcanzar su afecto rudo
le coroné de lauros á su entrada!
Óyeme aún; los libros sacrosantos
donde escrita se encuentra la palabra
del Dios que veneramos, nos refiere
de Bethulia una historia extraordinaria.
¿Recuerdas á Judith? Pues bien, Graciano,
un Holofernes llega á nuestra patria,
la cadena de esclavo nos espera,
yo la Judith seré que la deshaga.

GRAC. Más... ¿herir á traicion? ¡eso es cobarde!
no, Aurelia, por favor; dame una espada,
y aquí en su tienda á solas lucharemos
como debe un romano, cara á cara.

AUR. Eres poco, Gracian, para excitarle;
risa le causaría tu arrogancia,
y volviendo quizás á las prisiones
te harías impotente á nuestra causa.
Si fé tienes en mí, sigue mi idea;
parte de este lugar; cerca te aguardan
los soldados de Ammiano y con premura
vé á colocarte en el confin de Dacia.
Atila partirá con sus legíones
á la primera luz de la alborada,
incitado por mí, dejando á Naissus
llorando en el silencio sus desgracias;
y ántes que lleguen á mirar sus ojos
los bosques solitarios de Germania,
mi puñal verterá su sangre impía
y sus huestes por tí serán diezmadas.

GRAC. ¡Aurelia!

AUR. Vacilar fuera insensato.
He decidido libertar á Dacia
de la opresion del huno y no hay peligro
que no arrostre mi furia temeraria.
Vé, Gracian, no demores tu partida.

GRAC. Sí, Aurelia, marcharé; pero si infausta

la suerte nos persigue, te lo juro,
he de morir cual fiera despiadada,
sangre bebiendo de las rotas venas
que con mis propios dientes desgarrara.
Si en la tierra, mansion del infortunio,
no me vuelves á hallar, te espero, hermana,
para estrecharte en cariñoso abrazo
en esas altas bóvedas diáfanas.

AUR. Adios, Graciano; el éxito es seguro,
que nada arredra á quien morir no espanta.

GRAC. Mi vida dejo en tí; parto gozoso
á reunir los soldados de Ratiaria,
y concédame Dios en este dia
luz á la mente y fortaleza al alma.

(Váse Graciano por el fondo derecha. Aurelia le acompaña al foro y vuelve al proscenio con Athenais é Irífile cuando estas salen.)

ESCENA IX.

OLBAR, UZINDURO y EMNEDZAR por la izquierda; EDECON por el fondo seguido de soldados escitas; á poco JISELBERIO, ISCALMO y tropas hunas por la derecha; detrás de la tienda de Atila, BERICH y UTO llegan seguidos de LELIO, EGIDIO y dacios. Jóvenes dacias con ATHENAIS é IRÍFILE se agrupan en torno de AURELIA á la izquierda.

OLBAR. Atila nos convoca, ¿qué nos quiere?

UZIN D. Alto proyecto por su mente cruza
cuando vemos venir pueblo y soldados
en confuso tropel á esta llanura.

EDECON. (Á las tropas que conduce.)
Permaneced aquí.

OLBAR. (Á Edecon.) ¿Fuiste llamado
por el rey tú tambien?

EDECON. Corrió en mi busca

Jiselberio há un momento, y presuroso
acudí á este lugar.

IRÍFILE. (Á Aurelia en voz baja.) (¡Dios sea en tu ayuda!

ATHEN. ¡Tu mano como el mármol está fria!

AUR. Sí.

ATHEN. ¿Vacilas?

AUR. ¡Jamás!)

BERICH. La voz se escucha
del rey, que se aproxima.

EGIDIO. (Bajo.) (¿Habrá esperanza
de apaciguar ¡oh Dios! tu saña justa?)

ESCENA X.

DICHOS, ATILA y sus hijos, que salen de la tienda.

Atila se detiene delante de su tienda, y sus hijos permanecen detrás de él.

ATILA. Voy á partir; en la region de Dacia
asegurado está mi poderío;
basta de sangre pues; vuelva á mi gracia
el país que luchó contrario mio.
Bajo mi régia proteccion sagrada
volverá á florecer vuestra cultura,
ya que por siempre queda separada
region tan bella de Bizancio impura.
Si ambicionais vencer, sois mis soldados,
y la Germania temblorosa espera;
si preferís la paz, con mis cuidados
ricas mieses tendremos donde quiera.
Si un momento agoté vuestro tesoro,
y ayes tristes llenaron los espacios,
yo os daré en cambio un manantial de oro
para elevar los templos y palacios.
Si dóciles seguís mi noble enseña,

la emulacion sereis de nuestros bravos;
si bastarda ambicion cruel os despeña,
la suerte sufrireis de mis esclavos.
No os quiero mal; de mi pasado enojo
ni sombra queda en mi alma generosa;
no os quiero mal, y como prueba, escojo
á una hija de Dacia para esposa.

LELIO. (Ap.) (¡Gran Dios!)

ATILA. Al elevarla hasta mi altura
treguas doy á período tan cruento,
que no he de ver manchada su hermosura
con lágrimas de oculto sufrimiento.
(Á Olbar.) Olbar anciano, honor de mis señores,
llega á ese sol de gracia y gentileza,
(Señalando á Aurelia.)
y si te dejan ver sus resplandores,
aproxima á tu rey tanta belleza.

EGIDIO. (Ap.) (¡Oh destino cruel!)

OLBAR. (Inclinándose.) Mis pobres canas
honradas son por tí.

AUR. (En voz baja.) (¡Supremo instante!)

OLBAR. (Va hácia Aurelia y se detiene contemplándola.)
Nunca ví entre las vírgenes romanas
deidad más digna de tan alto amante.
(Lleva á Aurelia al lado de Atila.)

ATILA. (Tomando las manos de Aurelia.)
¡Aurelia!

AUR. (Arrodillándose.) ¡Gran señor!...
(En toda esta escena manifiesta Aurelia una ruda lucha interior bajo una esterioridad humilde.)

ATILA. (Levantándola.) No así confusa
llegues á mí; tu pueblo está presente;
si te espanta mi amor, habla, rehusa;
si me quieres seguir alza la frente:

AUR. Es un sopor, gran rey, el que me embarga,
que prolongar deseo su beleño,
no venga luégo la verdad amarga

á borrar las delicias de mi sueño.

ATILA. ¡Aurelia!

AUR. Soy tu sierva.

ATILA. No reclamo
violencia alguna de tu amor divino.

AUR. No me violento al proclamar que te amo;
adorarte y... morir, es mi destino.

ATILA. Tu acento vuelve tembloroso el miedo.
¿Qué tienes? ¿qué deseas?

AUR. ¡Una gracia!

ATILA. Habla; cuanto me pidas te concedo.

AUR. No ser tu esposa hasta salir de Dacia.

ATILA. ¿Por qué?

AUR. Te lo suplico.

ATILA. ¿Á qué obedece
esa tregua que das á mi ventura?
Cuando su proteccion mi amor te ofrece,
puedes, Aurelia, descansar segura.

AUR. No temo, gran señor; es un deseo
que siento germinar en mi conciencia.
Sólo estragos ¡oh rey! en torno veo;
no quiere profanarlos mi presencia.

ATILA. (Con tristeza.) ¡Que eres dacia recuerdas!

AUR. La memoria
no puede imaginarte mi enemigo.
Partamos pues; de tu creciente gloria
quiero alcanzar el lauro de testigo.
Ayer te aborrecí, hoy te venero;
juré tu muerte y tu existencia ansío;
rasgar tu pecho creí con este acero, (Sacando un puñal.)
y hoy, si á alguno ofendiera, será al mio.
Fascinacion extraña tu grandeza
produce en mí, ¡invulnerable eres!
Levanto armado el brazo con fiereza
para matar... y... ¡oh Dios!

ATILA. ¿Por qué no hieres?

AUR. (Tirando el puñal.) ¡El destino te escuda!

ATILA. Omnipotente
me impulsa en mi carrera un genio oculto,
y es tu amor el magnífico presente
que me ofrece ese genio por mi culto.
Sí; debía encontrar senda de flores
alguna vez en mi agitada vida
que mitigar lograse los rigores
del tedio amargo que mi pecho anida.
La Panonia me espera; ven, marchemos;
sigamos en su giro á la fortuna,
y allí la grata union celebraremos
con todo el fausto de mi córte huna.
No envidiarás, mi bien, el régio solio
de esa humillada Roma que aborrezco;
si ambicionas marchar al Capitolio
un carro de oro y de marfil te ofrezco.
No temas á mi lado; de tu vida
millares de existencias me responden.
Si te agravia tu gente, está perdida;
en los mios, traidores no se esconden.

AUR. ¡Huyamos á Germania!

ATILA. Mi ternura
elevarte sabrá entre tus iguales;
tú que eres reina ya de la hermosura,
reina serás tambien de los mortales.
Yo á tu pueblo daré dulce bonanza,
para que en mis furores no sucumba...
(Volviéndose con ademan imponente hácia los dacios.)
mas... ¡ay de aquel que funde su esperanza
en ver mi lecho convertido en tumba! (Cae el telon.)

CUADRO.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Gran salon en la casa de Atila. Puerta al fondo y dos más pequeñas laterales. En el centro de la escena, hácia el foro, una mesa para dos personas, y detrás dos asientos-lechos cubiertos de púrpura y con pieles de tigres ó panteras. Á uno y otro lado del escenario varias mesas semejantes para recibir cada una á tres ó cuatro convidados. El servicio de ellas, consistente en platos, copas, ánforas, cuchillos, etc., es de oro y plata. Estas mesas tienen lechos parecidos al de Atila. En el sitio ocupado por él solo se ve un plato de madera. El suelo está cubierto por una alfombra. Son las tres de la tarde.

ESCENA PRIMERA.

ATILA, OLBAR, ELLAK, HERNAK, INACO, ONEJESIO, UZINDURO, EMNEDZAR, EDECON, BERICH, UTO, JISELBERIO, CONSTANCIO; jefes hunos, escitas y romanos; servidumbre de Atila.

Atila, vestido sencillamente, sin adorno alguno y con traje de un solo color, aparece recostado en uno de los lechos del fondo; el otro está vacío. En las mesas de la derecha del actor se hallan Olbar, Ellak, Hernak, Inaco, Onejesio, Uzinduro, Emnedzar, Uto y varios hunos y escitas; en las de la izquierda Berich, Edecon, Jiselberio, Constancio y otros romanos de la embajada de Occidente. Todos visten espléndidamente. Al levantarse el telon están recostados. El Copero de Atila sale

por el fondo con una copa de madera en la mano; le siguen tantos coperos como son los convidados, llevando copas de oro ó plata, y situándose, detrás de cada uno. El servidor de Atila presenta á éste, inclinándose la copa llena de vino. Atila la recibe y saluda con ella á Olbar, que se pone de pié. El rey bebe en seguida. Olbar toma su copa y saluda al rey.

OLBAR. Noble heredero del divino Roas,
hijo del gran Mandroco, árbol robusto
que fuerza das, prosperidad y vida
al dilatado imperio de los hunos,
permite á un viejo que el primero sea
que te dirija su cordial saludo. (Bebe.)

ATILA. Gracias, Olbar, anciano venerable;
siempre tu acento escucharé con gusto,
pues no debo olvidar ni un solo instante
que fué mi excelso padre hermano tuyo.
(Saluda con la copa á Ellak.)

ELLAK. (Levantándose.) Señor; por tus bondades esquisitas
de region prolongada el cetro empuño,
y aunque imitar deseo tus proezas,
tu arrojo ardiente en el combate rudo,
al lado de tus hechos singulares
mis esfuerzos, señor, resultan nulos.
Sin la sombra que prestas á mi reino
con tu radiante nombre, con tu influjo,
vacilante marchara entre tinieblas
como el arroyo por el bosque oculto.
Hoy luce para tí de amor la antorcha;
sea tan fausto dia grato augurio
para que logres extender tu imperio
del Rhá sombrío al fecundante Durius. (Bebe.)

ATILA. Tu valor sobrepuja á tu modestia;
es el juicio que en elogio tuyo
hacer puedo mejor, y si no fueras
ser de mi ser, tus arrogantes triunfos,
tu recto parecer en el consejo,

tu audacia sin igual ante los muros
me llenáran de asombro; mas no en vano,
eres hijo de Atila y eres huno.
(Saluda con la copa á Berich.)

BERICH. (Levantándose.) En las nevadas rocas de mi patria
lento corría mi existir oscuro,
cuando la luz brillante de tu gloria
mi altivez despertó, creó mi orgullo.
Dejé la Escitia, combatí á tu lado,
llevé tu fama por el ancho mundo,
y riquezas y honores conquistando
crucé con tus guerreros el Danubio.
Cuanto soy te lo debo; la fortuna
colocarme en tu séquito dispuso,
para que viese al rayo de la guerra
potente iluminar al caos profundo.
No ambiciono pagar tus beneficios;
son tantos, gran señor, que ya confuso,
ni me atrevo siquiera á enumerarlos;
los cielos sólo te los paga juntos.
Mísera ofrenda es la de mi vida
para que fuera testimonio puro
de mi adhesion á tí; mas si lo quieres
cavaré con mis armas el sepulcro. (Bebe.)

ATILA. Conocidas me son tus grandes dotes
para privarme de tu acero duro
en las próximas lides que preparo;
que de héroes como tú se espera mucho.
(Saluda con la copa á Constancio.)

CONST. (Se levanta.) Trajo la fama á la invencible Roma
el relato admirable de tus triunfos,
dando á tu ser combinacion extraña
de hombre y de dios los raros atributos.
Ya como fiera que ahelante sacia
su instinto cruel te imaginaba el vulgo,
ya como emblema sacro de la guerra,
creacion mentida de los magos hunos.

El gran emperador Valentiniano
que ofrece á tu valor su aprecio augusto,
me ha enviado hácia tí, y yo en su nombre
vengo á rendirte un homenaje público.
Aliados los dos, al orbe entero
sujetareis con atrevido yugo,
siendo el uno la mente que dirija
y el otro el brazo que le preste impulso. (Bebe.)

ATILA. Que debo dar á tu señor las gracias
por tan honrosa distincion no dudo,
y esa alianza bélica que anhela
prometo someter á un breve estudio.
Mas entre tanto, como el tiempo corre,
y yo jamás demoro mis asuntos,
es muy posible que visite pronto
de la espléndida Italia el cielo puro.
Allí se encierran las galanas artes,
allí á la ciencia se le rinde culto,
allí el deleite su mansion ostenta,
allí se vive en parasismo lúbrico.
Nosotros, miserables setentriones,
somos austeros, graves, taciturnos,
sin apreciar jamás nuestras riquezas,
sin dar forma lasciva á nuestro lujo.
La sobriedad nos pierde; el ejercicio
á nuestros hijos vuelve tan robustos
que parecen gigantes; no presentan
el aspecto agradable de los tuyos.
Roma es maestra de donaire y gracia,
el Tíber en licencias es fecundo,
tu señor es mi amigo, mis soldados
afectos al desórden y al tumulto,
¿qué espero para dar con mi visita
honra á mi patria y á la Italia júbilo?

(Constancio se sienta. Los coperos retiran las copas y salen. Atila, que ha bebido al terminar su discurso, se dirige á su hijo Inaco.)

Inaco, hijo querido, haz que mi esposa
en la estancia penetre.

INACO. Voy al punto.

(Saluda y sale por el fondo, volviendo en seguida acompañado de Aurelia.)

ESCENA II.

DICHOS, AURELIA y su servidumbre.

Atila se levanta y sale á recibir á Aurelia, conduciéndola de la mano á la mesa. Aurelia se reclina en el lecho, al lado del de Atila. Inaco vuelve á su puesto. Las doncellas de Aurelia permanecen de pié en el fondo no léjos de su señora. Los esclavos traen manjares y los sirven en todas las mesas. Atila y Aurelia tienen su servidumbre particular.

ATILA. (Á media voz, inclinado hácia su mujer.)
Despues de larga noche abrumadora
en que la luz faltaba en mi sendero,
ya luce al fin la nacarada aurora
para el errante y mísero viajero.
La ausencia ingrata de tu acento puro
mi atribulado espíritu oprimía,
y germinaba en su recinto oscuro,
la pérfida y tenaz melancolía.
Mas la noche pasó; con tu presencia
huyen las sombras al lejano ocaso.
y hallo en mi ser la singular vehemencia
que arrolló los peligros á mi paso.
Tú eres la esencia, el aura de mi vida,
nada á tu encanto seductor resiste;
busco en tus ojos mi ilusion querida...
Si lo sabes así, ¿por qué estás triste?

AUR. No es tristeza, señor, la que me oprime,
en vano lucho con la mente inquieta;
es una voz que en mi conciencia gime,
es un anillo que mi sien sujeta.

Soy tu esposa, es verdad; lealtad te debo,
y mis labios te expresan mi agonía;
yo quisiera llorar y no me atrevo;
si pudiese morir, feliz sería.

ATILA. ¡Suplicio extraño!

AUR. Fué la desventura
de mi contraria suerte eterna ofrenda.
Apártame de tí; sería locura
zarzas sembrar en tu gloriosa senda.
La fortuna tus actos favorece,
brindándote con triunfos sobrehumanos;
á mí tan sólo en su rencor me ofrece
mentidos sueños y tormentos vanos.

ATILA. No, Aurelia, desvarías; crees abrojos
las flores que embalsaman el ambiente;
mas... repara, mi bien, que muchos ojos
fijos están sobre tu blanca frente.
Esa inquietud que á descifrar no aciertas,
es natural en tu febril estado;
adormida crisálida, despiertas
en medio de las pompas que has soñado.
Vuelvan las frescas rosas á tu rostro;
luzcan de amor los rayos placenteros,
y reflexiona que en mi lazo arrostro
la envidia de mil reyes altaneros.
(Dirigiéndose en voz alta á Inaco.)
Inaco, mi buen hijo; tú has querido
ser el primero en tributar loores
á la tierna belleza que ha ascendido
al trono señorial de tus mayores.
Háblala pues; esparce la fragancia
que encierras en tu jóven fantasía,
y deja deslizar en abundancia
tus fecundos raudales de armonía.
Condensa mis confusos pensamientos
en imágenes dulces y galanas,
interpretando fiel los sentimientos

que me inspiran las vírgenes romanas.
Reina Aurelia nació; cuna de oro
fué para ella la florida Dacia;
dichoso el pueblo que posee el tesoro
de su belleza, majestad y gracia.

INACO. (Levantándose.) Nunca, señora, imaginé en mis sueños
gozar cual hoy tan sin igual ventura;
y á los hados bendigo que halagüeños
admirar me permiten tu hermosura.
Nacido en valle donde nieve eterna
los ojos hiere en prolongado manto,
no esperaba encontrar de flor tan tierna
el delicioso, el placentero encanto.
Allá en las brumas de la tarde triste
hadas fugaces con placer veía,
más el austro, al que nada se resiste,
los mentidos fantasmas deshacía.
Y esas ninfas envueltas en celajes
que un solo instante entre las nubes viera,
en mis sueños volvían con ropajes
de oro y zafir y luenga cabellera.
Por dó quier mi exaltada fantasía
la realidad buscaba de mi sueño;
pero inútil afan; no aparecía
la sombra etérea de mi loco empeño.
Mas la fortuna siempre caprichosa,
impulsó nuestras bélicas legiones
á una tierra feraz, ardiente, hermosa,
donde brotan de fuego las pasiones.
Y allí, al modo que dice una leyenda
que escuché á tus ancianos, de improviso
cayó á mis plantas la terrena venda,
y me encontré en frondoso paraiso.
Una mujer fantástica, hechicera,
como yo en mis delirios la soñaba,
surgió ante mí, y por la vez primera
dudé si mi razon se evaporaba.

No era así; esa imágen que tranquila
puso fin á mis sueños importunos,
es hoy la esposa del divino Atila;
es la reina arrogante de los hunos.
Salud, excelsa Aurelia; un pueblo entero
que ocupa la extension de medio mundo,
por mí te expresa su fervor sincero,
te revela por mí su amor profundo.
Si glorias apeteces y loores,
una palabra tuya bastará;
miles de esclavos regarán con flores
la hermosa vía que á tu paso está.
No extrañes ser nuestro incesante pasmo;
por todos hoy, aunque con labio rudo,
manifestar te debo mi entusiasmo:
soberana gentil, yo te saludo.

AUR. La inmensa gratitud debo expresarte
que al oir tu adhesion mi alma ha sentido;
bálsamo es eficaz que alivia en parte
la triste ausencia del hogar perdido.
Léjos de las riberas del Morawa,
donde corrió mi juventud tranquila,
hoy fuera entre vosotros una esclava
sin la bondad del poderoso Atila.
Apartar no consigo en ocasiones
tiernos recuerdos de mi patria hermosa,
mas gozando con vuestras ovaciones
huyen las sombras de mi mente ansiosa.
Admito con placer tan leal saludo;
y si el hado conmigo fuera impío,
ese cariño fiel será mi escudo;
pueblos del setentrion en él confío.
(Todos se levantan y saludan.)

ESCENA III.

DICHOS é ISCALMO.

ISCALMO. ¡Señor! (Dirigiéndose á Atila.)
ATILA. ¿Qué ocurre?
ISCALMO. Llega á tu morada
con lujoso atavío sorprendente,
la ostentosa embajada
del gran Teodosio, emperador de Oriente.
ATILA. Propicio génio presidió á este dia.
En mi casa reuno,
(morada austera de un soldado huno)
de dos grandes imperios,
del mundo los mayores,
los nobles por demas embajadores.
Roma y Bizancio dan con su presencia
á mis felices nupcias
más encanto, mayor magnificencia.
Lleguen con bien, admire la Panonia
un suceso que nunca presenciara,
y deba á un descendiente de las nieblas
esta entrevista en las historias rara.
Penetren hasta mí; tambien romanos
son esos bizantinos,
y debemos tratarlos como á hermanos
que vienen á seguir nuestros destinos. (Vase Iscalmo.)
CONST. No esperaba, señor, hallar reunida
la familia romana poderosa,
y temo á la verdad que ello te impida,
tu atencion distrayendo,
dar término feliz á mi venida.
ATILA. No temas; para todo
Atila encuentra fácil acomodo.

ESCENA IV.

DICHOS, MAXIMINO y el séquito de su embajada; ISCALMO, que permanece en el fondo.

MAX. Sabiendo, gran señor, que hoy celebrabas
asombroso festin, por enlazarte
á cierta dacia bella á quien amabas,
apresurado vengo á saludarte.
Cuantos me siguen son de los patricios
bizantinos la flor; han deseado
felicitar propicios
al bizarro guerrero denodado,
que de la Escitia en el confin remoto
alcanzára llegar á un grado ignoto.

ATILA. Así lo había á tu señor mandado;
que os han expuesto á múltiples azares,
embajadas mezquinas y vulgares.

MAX. Delicada mision hoy se me fía,
que espero terminar cauto y prudente.
Hé aquí la causa ¡oh rey! por qué este dia
á prestarte homenaje nos envía
el gran Teodosio, emperador de Oriente.

ATILA. No es nuevo en mi reinado
el que ingrese en mi extensa comitiva,
cuando séria campaña he terminado,
de pueblos varios la nobleza altiva.
Torna los ojos; pléyade romana
ocupa su lugar en mi palacio:
si patricia es tu córte soberana,
no cede á la del Ponto la del Lacio.

MAX. (Sorprendido.) ¡Roma aquí!

ATILA. Roma aquí; no te sorprenda
veros ante mi trono así reunidos;
enemigos ayer en la contienda,
hoy venís á buscar bajo mi tienda

el reposo y la paz apetecidos.
Monarcas soberanos,
de orgullo é insensatez pobres trasuntos,
llorad vuestra impotencia,
que un hombre solo en sus inquietas manos
sostiene todos vuestros cetros juntos.

MAX. Teodosio es dios; Bizancio le venera
en templos y en estátuas colosales.

ATILA. Mucho me place que en tan alta esfera
al tributo que impuse se aviniera
como el más inferior de los mortales.

MAX. Cual tú domina á su guerrera gente
con talento profundo.

ATILA. Mi soberbia rivales no consiente;
si es tu señor emperador de Oriente,
¡yo soy Atila, emperador del mundo!
Que atienda mis razones,
como Roma tambien, que ahora me escucha,
y podrán evitar que mis legiones
rompan los diques de tremenda lucha.
No imaginen arteros
desarmar mi furor con homenajes
de entusiasmo mentido;
no se calman mis ínclitos guerreros
con pompa inútil ni falaz ruido.
Reconozcan al cabo el poderío
del Volga que en sus olas los inunda,
y no rehusen para el pueblo mio
sus secretos, su ciencia,
los dones de la sacra inteligencia.
Si con lealtad me sirven,
si ajenos á rencores
guardan la fé que brindan en sus pactos
vuestros emperadores,
seré leal en mis solemnes actos.
Mas si halago mintiendo
acojen con doblez, irreflexivos,

á los cobardes, que mi enojo huyendo,
de mi ejército parten fugitivos;
si rechazan los lazos
que ofrezco de benéfica alianza
con mis brazos escitas,
¡oh! tema mí venganza
vuestro pueblo latino,
que un mar de sangre cubrirá mañana
la campiña romana
y la altiva ciudad de Constaniino.
Pero... estais fatigados;
más tarde, con reposo, arreglaremos
los diversos tratados.
Ahora, ajenos á dudas y cuidados,
por el bien general sólo brindemos.

(Sirven los esclavos vino á todos. Atila bebe y los demas le imitan. Maximino y los suyos se han colocado en las mesas ocupadas por Constancio y los romanos.)

ATILA. (De pie.) Podeis marchar, en la vecina estancia
al compás de sonoros instrumentos,
escuchareis los fáciles acentos
de varios histriones;
por mi forzada ausencia
mi esposa os honrará con su presencia.

(Todos se levantan. Atila ofrece la mano á Aurelia y la acompaña hasta la puerta de salida. Al conducirla la dice en voz baja.)

(Á pesar, caro bien, de mis desvelos,
por puntos noto que tu angustia acrece.

AUR. Cuando las nieblas suben á los cielos
la luna mira al sol y se oscurece.)

(Todos salen detrás de Aurelia, inclinándose al pasar por delante de Atila.)

ESCENA V.

ATILA é ISCALMO.

Atila, despues de la salida de todos, busca á Iscalmo y le trae al proscenio.

ATILA. Al fin estamos solos; mi impaciencia
el instante de oirte ha anticipado.
Habla pues, ¿qué palabras misteriosas
indiscreto tal vez lanzó tu labio?
¿Recuerdas lo que has dicho?
ISCALMO. Lo recuerdo,
y ántes, señor, muriera que olvidarlo.
ATILA. Envuelto en tenebroso pensamiento
me delatas un crímen, ¿qué insensato,
no imaginando su castigo cerca
se atreve á provocar mi enojo, Iscalmo?
ISCALMO. Sé que arrostro mi vida en la demanda;
mas no importa, señor; no has de ignorarlo.
¡Te venden!
ATILA. ¿Qué pronuncias?
ISCALMO. Hay traidores
que esconden su falsía en tu palacio.
ATILA. ¿Quién desconoce mi terrible furia?
ISCALMO. El ser tal vez que te será más caro.
ATILA. (Con explosion.) ¡Infame!
ISCALMO. (Cayendo de rodillas.) ¡Rey!
ATILA. (Conteniéndose.) ¿Ignoras, imprudente,
á qué te expone sublevar mi ánimo?
ISCALMO. Lo sé, dispon de mí como te plazca.
ATILA. ¡Alza!
ISCALMO. (Levantándose.) Dos veces recorrió el espacio
el sol desde que abrigo la sospecha;
si fundada es ó no, puedes juzgarlo.

Tras una fiera me lancé en el bosque
de la vistosa piel enamorado,
y hendiendo las malezas con mi hacha,
pronto perdíme en su recinto vasto.
Iba siguiendo al sol en su declive,
cuando las ramas permitían su paso,
suponiendo acercarme á las orillas
de aquel lugar temido y solitario.
Una voz de repente á mis oidos
cercana llega, y con acento extraño,
dos bizantinos, á mi vista ocultos,
forman un breve y misterioso diálogo.
En él nombraban tu persona régia,
y con feroz encono sanguinario,
ofrecían, señor, por tu cabeza
libras de oro, libertad y rango.
El nombre de Vigilio pronuncióse
y el de Aurelia tambien, cómplices ambos,
mas bajaron la voz, y al fin perdía
entre los ecos de murmullos varios.

ATILA. ¿Aurelia dices?

ISCALMO. Sí.

ATILA. ¡Piensa lo grave
de semejante acusacion, soldado!

ISCALMO. ¡Mi cabeza responde!

ATILA. (Con imperio.) ¡Sal!

ISCALMO. (Ap. al salir.) Ya sientes
de inquieta duda el ponzoñoso dardo,
y esa vil extranjera á quien adoras
con tu mismo puñal morirá al cabo.
(Se inclina y váse por la derecha.)

ESCENA VI.

ATILA.

¡Venderme ella tambien!... Sombra siniestra

de Bleda, huye de mí!... estás vengado!
Una mujer infiel guió á tu pecho
la punta de su acero, y tú, insensato,
áun al lanzar el postrimer aliento
con amor la estrechabas en tus brazos.
Esa mujer me amaba, y te vendía,
esa mujer con su mentido halago
el sepulcro te abrió, y yo en tu sangre
para subir al trono hundí mi manto.
Hoy tambien la mujer por quien deliro
mi muerte busca... pero ¡sueño vano!
¡no es posible!... tan pérfido veneno
caber no puede en tan hermoso vaso!
Yo la tumba á mis plantas me abriría
si ella lograra desbordar su llanto!...
Yo mi vida la diera, si reunidos
en el recinto de la sombra entráramos!...
mas... ¡venderme y aguardar otro cariño
que no es el mio!... ¡Furias de los antros!
¡romped mi corazon ántes que pueda
verdad creer lo que en mi afan rechazo!

ESCENA VII.

ATILA y AURELIA, por la derecha.

Aurelia aparece, deteniéndose recelosa en la puerta.

AUR. ¡Señor!...
ATILA. ¡Aurelia!
AUR. (Con temor.) ¿Qué furor te agita?
ATILA. Un sueño... que la mente ha trastornado.
Augurios tristes de pesares próximos
que oprime el corazon y calla el labio.
AUR. ¿Crédito das con tu valor heróico
á falaces y fútiles presagios?
No, mi señor; indigno es de tu estirpe

humillar el espíritu al acaso.

ATILA. ¡Calla! (Con superstieion.)

AUR. Te esperan; tu presencia sólo
ansían esos ínclitos romanos
que á tu reino han venido, y la promesa
de llevarte al festin de mí han logrado.

ATILA. ¡Aurelia!... no, deten; oye un momento...
¡que aguarden!... tiempo habrá... ay! cuán escasos
son los instantes que los dos nos vemos
sin testigos!...

AUR. (Ap.) (¡Gran Dios!)

ATILA. (Observándola.) ¿Me amas?

AUR. (Vacilante.) ¡Te amo!
Por tí mi patria abandoné imprudente;
por tí mi nombre envilecí y mi rango;
si amor no fuera el que impulsó mi planta,
¿qué poder me arrancara de los dacios?

ATILA. (Ap. y con frenesí.) (¡Mi vida por leer su pensamiento!)
(En voz alta.) Luégo... ¿me amas?... ¡déjame escucharlo.

AUR. Desecha dudas que á mi amor ofenden;
penetra en el salon; yo aquí entretanto
lejos de ese bullicio que me aturde
podré encontrar un bienhechor descanso.
Y si el ruego de Aurelia es atendido
por el señor de Gépidos y Alanos,
yo le suplico que á los nuestros mire
con ojos de bondad, jamás airado.

ATILA. ¿Tienes queja de mí?

AUR. No; lo confieso.

ATILA. ¿He sido para tí violento ó falso?

AUR. No; mas esos vencídos que te cercan
esos nobles patricios que humillados
imploran tu piedad para su pueblo
y á quienes tratas con desden amargo,
son cual tú paladines de la gloria,
de Dïos hechuras, de tu ser hermanos.

ATILA. No, mi bien; no confundas la maleza

con la dorada espiga de los campos;
no confundas la sierpe venenosa,
hundida siempre en repugnante fango,
con la esbelta figura de la corza
que alegre cruza los floridos llanos.
Ellos hermanos son, pero no mios;
hijos felices de esplendor pasado,
guardan las cifras de divinas artes
que vedadas están para los bárbaros.
Ellos creyeron que las huestes hunas,
cansadas de vivir en sus peñascos
ó arrastradas en brazos del destino,
venían á ofrecerse en holocausto.
Ellos al ver la turba que llegaba,
como á una alegre cacería marcharon,
y con ligeras y bruñidas armas
imaginaban detener mi paso.
Mas sorprendidos al notar la fuerza
de mis duros é intrépidos soldados,
que envolviendo su ejército arrogante
sembraban, fieros, contagioso espanto,
vienen á mendigar con faz humilde
treguas á mi rencor, jamás saciado,
mientras preparan en la sombra un crímen,
digno por cierto del honor romano.

AUR. ¡Un crímen?...

ATILA. Te estremeces á esa idea,
haces bien; yo tambien tiemblo al pensarlo.
Puede costar la vida á tanto iluso
una órden que salga de mis labios,
tantas cabezas rodarían al suelo
á mi severo é inapelable fallo
si confirmada mi sospecha viera,
que el mundo entero temblaría de espanto.
Si conoces á alguno que pretenda
delirio semejante, huno ó romano,
no vaciles; anúnciale que Atila

sigue en la sombra sus oscuros pasos,
y ántes que clave en mí el puñal aleve
su infame sangre regará mis campos.
Á tí entrego mi vida, á tí confío
mi bienestar, mi dicha, mi descanso;
sé mi égida fiel, hermosa Aurelia,
y yo, amor, mucho amor te daré en cambio.
(Sale por la derecha.)

ESCENA VIII.

AURELIA.

¡Estaba escrito! La funesta mágia
de ese arrogante genio de la guerra,
es á mi ser la nube que presagia
un porvenir de lucha que me aterra.
Extraña confusion; rara vehemencia
excita al corazon que airado late;
interrogar pretendo á mi conciencia...
y mi conciencia clama... ¡que le mate!
Sombras de Naissus tristes y queridas;
patria inocente para mí tan cara!...
aunque tuviese el bárbaro cien vidas
para vengar tu duelo no bastara.
Es necesario que á mis piés sucumba;
morirá; vacilar fuera insensato.
Él, á los mios socabó la tumba;
¡que me abandone Dios si no le mato!

ESCENA IX.

AURELIA y GRACIANO, que sale por la izquierda.

GRAC. ¡Gracias al cielo que os hallé, señora!
AUR. ¡Graciano!

GRAC Sí, por Dios; casi temía
de la mujer apóstata y traidora,
que no temblase en la presencia mia.
AUR. ¡Por piedad!
GRAC. La piedad volvióse al cielo;
hoy que se chocan en contínua guerra
la deslealtad, la infamia y el recelo,
no encontrareis piedad sobre la tierra.
Dios es justo; sí, Aurelia; Dios es justo;
y cuando tanto duelo nos aflige,
es porque existe un tribunal augusto
que los destinos de la vida rige.
Sin cesar nuestra suerte lamentamos,
sin cesar la existencia maldecimos,
cuando con ánsia, con afan buscamos
la negra sima do la planta hundimos.
Al polvo vil la humanidad lanzada
igualarse pretende á los querubes,
queriendo traspasar con vista osada
la sombra misteriosa de las nubes.
¡Quimérica ambicion! ¡soberbia impura!
¡farsa eterna, sacrílega é irrisoria!
Queremos parecer de Dios la hechura,
y encierra sólo el corazon escoria.
¿Qué has hecho, dí, qué has hecho de tu nombre?
¿dó está el arrojo que pusiste á prueba,
para quedar despues de ese vil hombre
la esclava ruin, la mísera manceba?
¿Y no pensaste en mí? ¿Tú no sabías
que un dacio no murió de tu linaje?
¿que estaba aquí para vengar tus dias?
¿que estaba aquí para nublar su ultraje?
¡Desengaño cruel! La pompa vana
trastornó, miserable, tu cabeza,
sin pensar que mi furia soberana,
hundirá en el abismo tu grandeza.
Habla, confiesa con rubor mi agravio;

salga de tu conciencia algun gemido.
(Con desaliento.)
¿Enmudeces? ¡oh Dios! ¿sellas el labio?
¡vana esperanza de mi honor perdido!

AUR. Hermano, escucha; los sangrientos días
que Naissus contempló de luto y gloria,
llenos están de tantas agonías,
que borrarlas no pnede la memoria.
Cual la tuya mi alma sufre y gime
al recuerdo tenaz de nuestra afrenta;
angustia acerba al corazon oprime;
nuevo martirio en su dolor inventa.
Me acusas, con razon, al ver las galas
que mi abrámide adornan con desdoro...
¡si le faltan al pájaro las alas,
¿de qué le sirve la mansion de oro?
En medio de esta córte fastuosa
que ostenta los esclavos á millares,
suspiro, hermano, por la paz dichosa
que siempre han encerrado nuestros lares.
Tú la muerte anhelabas del tirano,
yo tambien con furor le aborrecía;
él me ofreció su tálamo y su mano,
yo ví entre sombras la venganza mia.
De Naissus le alejé; libre la Dacia
desde entónces quedó de sus rigores,
y á mi ruego eficaz, Iliria y Tracia
pudieron descansar de sus temores.
Mas sin gozar un punto de reposo
tengo presente nuestro hogar querido,
ayer tan grato, tan feliz y hermoso,
hoy á negros escombros reducido.
Percibo aún el último lamento
de nuestro padre al arrojar su lanza,
y el sagrado y terrible juramento
que ambos hicimos de tomar venganza.
Mis ojos ven las huérfanas doncellas

lanzando al aire sus gemidos roncos,
de los heridos al seguir las huellas,
ó al sepultar los mutilados troncos.
Allí el incendio destructor estalla;
ruedan aquí del templo los sillares,
y ébria de gozo la infernal canalla
profana con escarnio los altares.
Espectáculo horrible, hermano mio,
¿quién le recuerda con prudente calma?
Tú aborreces, Gracian, al huno impío;
yo le odio tambien con toda el alma.
Vengarme quiero; en mi rencor insano
los medios busco de lograr mi anhelo,
y por mi mal encuentro que el tirano
triste suspira por calmar mi duelo.
Sorprende á veces mi oprimido llanto,
y aumenta entónces su fatal dulzura;
su voz adquiere singular encanto
y hunde mi ser en mágica tristura.
Le miro con terror, busco en sus ojos
un rayo ardiente de pasion bastarda,
y cuanto más concito sus enojos,
más su amor elevado me acobarda.
Fácil juzgué aumentar mi odio profundo
con nobles iras y pasiones altas;
pero en vano mi afan; no hay en el mundo
hombre más grande áun en sus mismas faltas.
Todo en Atila aturde, todo admira,
su fé, su acento, su furor, su calma;
si odio cruel mi corazon respira...
¡yo le adoro tambien con toda el alma!

GRAC. ¡Infame!

AUR. Al cabo mi razon sepulta
las fuerzas todas que en su auxilio llamo.
Tú me revelas mi pasion oculta;
clávame tu puñal, pero le amo!

GRAC. Ser mezquino, que nublas la grandeza

de un imperio que en tí esperaba, necio;
sigue pues tu camino de impureza;
yo no mato mujeres, las desprecio!

AUR. ¡Hermano!

GRAC. Sella el labio; desde hoy
queda el sagrado vínculo deshecho.
Solo y doliente por el mundo voy;
ni aun tu recuerdo guardará mi pecho.

AUR. ¡No me abandones, por piedad!

GRAC. La esposa
del rey que á Naissus convirtió en hoguera,
para vivir impúdica y dichosa,
no necesita compasion siquiera.
Goza, goza en tus báquicos placeres;
vé á aumentar esa córte fementida,
donde el amor quizás de otras mujeres
te harán mañana aborrecer la vida.
Yo entre tanto en silencio mis rencores
guardaré con afan en mi alma solo;
así libre, sin débiles temores,
á nadie aflijo si mi vida inmolo.
¡Adios!

AUR. ¡Oh! no te irás!

GRAC. (Con severidad.) ¿Qué es lo que intenta
tu osadía?

AUR. (Arrodillándoss.) ¡Conmuévate mi llanto!

GRAC. ¡Basta! ¡basta! Ya ruge la tormenta
en mi pecho; tu vista me da espanto!

AUR. ¡Gracian! Gracian!

GRAC. (Desesperado.) De Dios la ira infinita
baje hasta tí, mujer, para agobiarte,
y la luz de los cielos sea maldita
si á tus pupilas llega sin cegarte.
Maldito el aire que te preste aliento;
maldito el sueño que te fuere grato;
maldicion sobre tí, mi vil tormento;
maldicion sobre mí, que no te mato.

AUR. ¡Yo fallezco, piedad!
GRAC. Hunde la frente
sierpe vil; tu ponzoña no me alcanza.
AUR. ¡Dios! me siento morir... Gracian, detente!
GRAC. ¡Adios!
AUR. ¡Piedad!
GRAC. (Con ira.) No! no!
AUR. (Con un supremo esfuerzo.) ¡Piedad!
GRAC. (Desprendiéndose de ella y alejándose frenético.) ¡Venganza!
(Sale Graciano precipitadamente por la izquierda y cae Aurelia al suelo sin sentido.)

ESCENA X.

AURELIA, desmayada; ATILA é ISCALMO, por la derecha.

ATILA. ¡Aurelia!
ISCALMO. Ya lo ves, no era sospecha.
ATILA. (Receloso.) ¿Qué misterio hay aquí?
ISCALMO. Precipitado
un extranjero abandonó la estancia.
ATILA. ¡Rayos del cielo!
ISCALMO. (Levantando una cortina de la izquierda.)
¡Aquel!
ATILA. (Viéndole y fuera de sí.) ¡Es un romano!
(Lanza una mirada de rencor á Aurelia y queda en una actitud imponente. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Cámara del Rey. Al fondo la entrada de la alcoba de Atila, cubierta por un gran cortinaje. Puertas laterales. Es de noche. Sobre un alto pié hay colocada una lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA.

GRACIANO.

Al levantarse el telon permanece un instante la escena vacía. Graciano, recatándose, aparece por la puerta de la derecha.

Niega su luz el firmamento al suelo;
tiembla la luna aparecer sombría;
todo se oculta en misterioso velo,
como entre sombras vive el alma mia.
Soledad por doquier y noche oscura;
gracias, mi Dios, en tu favor espero;
que goce yo mi funeral ventura,
y no importa morir si en tu fé muero.
Nuevo aliento mi espíritu levanta;
es preciso acabar... ¡valor, esclavo!...
(Herido por un recuerdo.)
Ella... juró cumplir la empresa santa,

y no supo vencer... ¡mujer al cabo!
¡Oh, qué placer cuando á mis plantas ruede
el yerto tronco del fatal guerrero,
y ella comprenda que mi mano puede
ahogar su dicha con encono fiero!
¡Oh, qué placer! mi comprimido pecho
goza no más que de entrever su llanto.
Sangre hallarás en tu purpúreo lecho;
sangre hallarás que te helará de espanto.
¿Y despues?... ¡oh! despues tu orgullo necio
encontrará en tu falta su castigo;
de tu propia nacion el menosprecio,
la venganza crüel de tu enemigo.
Cleca, mujer de Atila, Esca, su hija,
y su mujer tambien, son tus rivales.
No habrá angustia mortal que no te aflija,
no habrá misericordia en sus puñales.
¡Y debes sucumbir! La sombra augusta
de nuestro padre desgraciado clama
una venganza necesaria y justa
en la que el brillo de su nombre infama.
Morirá; Dios lo quiere; su justicia
es terrible; su fallo, inapelable;
Él puede hacer que el goce y la delicia
se oculten en sepulcro miserable.
Próxima del festin la hora se espera;
la noche es triste, silenciosa, oscura...
ántes que luzca el alba placentera,
tú morirás de afan, yo, de ventura.

ESCENA II.

GRACIANO y ATHENAIS, por la izquierda.

Athenais ha oido las últimas palabras de Graciano y se le acerca con sigilo.

ATHEN. Tu pié reposa en sitio peligroso.

¿Á quién amaga tu terrible diestra?

GRAC. (Sorprendido.)
¡Athenais! ¡infeliz! ¿tú me escuchabas?
¿qué haces aquí? Responde.

ATHEN. Tu sorpresa
te declara ignorante del cariño
que tuve siempre á mi adorada Aurelia.
Tu hermana, que vivió desde la infancia
unida á mí por amistad sincera,
me trajo á la Germania sospechando
que iba á necesitar de mi experiencia.

GRAC. ¿Y eres tú, por ventura, la que enciendes
en su infiel corazon de amor la tea?
¿eres tú la que olvidas de tu patria
la desdichada historia? ¿la que alientas
ese afecto maldito de los cielos,
cubierto de baldon y de vergüenza?

ATHEN. No, Graciano, no soy; la córte bárbara
áun no me deslumbró con su opulencia,
y para mí su rey, el gran Atila,
es el más miserable de la tierra.
Tres hermanos perdidos en un dia
por sus hordas infames y sangrientas...
tres hermanos ¡oh Dios! que eran los ángeles
que de luz inundaban mi existencia,
Atila me arrancó; no vale Atila
el cabello menor de sus cabezas.

GRAC. ¿Y á qué responde hallarte en este sitio?
Si tienes que llorar tales ofensas,
¿cómo en este palacio las olvidas?

ATHEN. (Con intencion, fijándose en Graciano.)
He venido á mirar cómo se vengan.

GRAC. Expresa tu intencion.

ATHEN. Es bien sencilla.
Conozco el ódio que atesora Aurelia,
y no obstante el amor que la domina,
sé que se vengará.

GRAC. (Desdeñosamente.) ¡Errónea idea!
Si con esa esperanza, ilusa, vives,
largo periodo de llorar te queda.
Cuando en el alma se ahoga el sentimiento
noble de la familia; cuando cesa
el generoso estímulo que impulsa
á despreciar los goces de la tierra;
cuando se olvidan los sagrados restos
de un padre oculto en la escondida huesa;
cuando la honra, ese joyel del alma,
con manto de ignominia está cubierta,
ni hay vigor en la mente que dirige,
ni valor, ni coraje, ni grandeza.

ATHEN. ¿Desconfías?

GRAC. ¿Pues no, si no he encontrado
más que la defeccion en mi carrera?

ATHEN. ¿Y qué piensas hacer?

GRAC. ¿Y eso preguntas?

ATHEN. ¿Lucharás?

GRAC. ¡Lucharé!

ATHEN. ¡Oh Dios! ¿Y Aurelia?

GRAC. Separa de tus labios ese nombre
miéntras estés hablando en mi presencia.

ATHEN. (Trémula, queriendo adivinar el pensamiento de Graciano.)
¡Tú la quieres matar!...

GRAC. No vacilára
si al castigo terrible se opusiera.

ATHEN. No, Graciano; en tu enojo despiadado
te extravías. ¡Escúchame! modera
tu bravura un instante; tal vez útil
te será mi consejo; ten prudencia.
La noche avanza; en el recinto próximo
pronto debe empezar alegre fiesta
donde Atila y los suyos brevemente
buscan del cam la ingrata efervescencia.
Rendidos con el vino y los placeres
y dispuestos al sueño aquí penetran,

y Atila apura en medio de sus súbditos
la última libacion, que es la suprema.
Allí su lecho está; esa cortina
le cubre; mira! ¿ves de la pantera
(Levanta por un extremo el cortinaje, dejándose ver el interior de la alcoba real con el lecho de Atila.)
la jaspeada piel? adormecido
el rey Atila se reclina en ella,
y el sueño misterioso de la nada
une en lazo infernal las dos cabezas,
quizás más sanguinaria la del huno,
que viviendo lo fué la de la fiera.
Yo te puedo ocultar; tú, silencioso
en la callada cámara penetras,
y hundiendo tu puñal en su garganta,
el hecho quedará envuelto en tinieblas.

GRAC. Indefenso matar, no es de Graciano;
otro es mi anhelo, superior mi empresa.
Quiero saborear en mi venganza
mi poder infinito y su impotencia.
Mas... necesito recatarme ahora,
y á tí me fio.

ATHEN. Ven: tumulto suena
de voces várias en alegre zambra,
y deben ser los hunos, que se acercan.

GRAC. Silencio y discrecion; nuestra es la noche
si tú sabes callar.

ATHEN. Lo sé, y me aterra.

GRAC. Siento ¡oh Dios! en mi sér que se difunde
una luz de las ráfagas eternas.
La muerte se aproxima, ¡Dios bendito!
¡acógeme en tu reino de clemencia!

ATHEN. (Ap. al salir.) (¿Vencerá? no lo sé; cauta ser debo,
y obrar acaso por mi propia cuenta;
á Aurelia buscaré; Gracian ignora
cuánto debo esperar de su entereza.)
(Salen ambos por la izquierda.)

ESCENA III.

EDECON, BERICH é ISCALMO, por la derecha.

BERICH. Tarde llegamos, Edecon.
ISCALMO. (Con sorna.) No tanto.
EDECON. Penetremos; Atila nos espera.
ISCALMO. ¿Para qué tal premura?
BERICH. Ya los hijos
del rey han ido en busca de su reina.
ISCALMO. ¿De su reina? Bien dices; que esa dacia
podrá la suya ser, mas no la nuestra.
BERICH. ¿Ignoras, imprudente, á qué te expones?
¡faltar así á tu soberana excelsa!
ISCALMO. Soberana que puede fácilmente
bajar del trono degradada y muerta.
EDECON. Hace dias que noto, amigo Iscalmo,
anda desordenada tu cabeza,
y tal pudiera ser, que de tus hombros
fuese segada como inútil yerba.
ISCALMO. ¿Temes por mí, Edecon? Gracias te debo
por tan noble interés; pero no temas;
firme está cual el roble que levanta
la erguida frente hasta las nubes densas.
Odio, es verdad, la raza fementida
de esa mujer apóstata y funesta,
y no he de consentir que nos humille
á su capricho ruin una extranjera.
BERICH. Insensato, silencio; ¿en esta cámara
te atreves, necio, á desatar la lengua?
¡Loco estás!
ISCALMO. ¡No te importe!
BERICH. Penetremos
en la estancia contigua. Deja, deja
á ese infeliz, cuya razon se pierde

en los delirios de su mente aviesa.

ISCALMO. Idos, marchad; rendid vuestros aplausos
á esa beldad; á la mujer soberbia
que hizo escabel para subir al trono
de los sepulcros de su estirpe egregia.

EDECON. Un consejo no más; si no apeteces
acelerar las horas que te restan
de vivir, no pronuncies esas frases,
que pudiera oirte el rey. Adios te queda.
(Salen Edecon y Berich por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IV.

ISCALMO, viéndolos salir.

Atila me escuchó, y yo no he muerto.
Vosotros no sabeis cuántas flaquezas
guarda en su corazon el más osado,
el que más arrogancia manifiesta.
Id en paz; yo desprecio los temores
que por mí demostrais; que me conceda
el maléfico genio de la muerte
ver derrocada á mi enemiga eterna,
y luégo se desplome el firmamento
sobre el ámbito inmenso de la tierra. (Váse por la derecha.)

ESCENA V.

AURELIA.

Breves momentos despues de salir Iscalmo por la derecha, aparece Aurelia por la izquierda presa de viva agitacion.

¡Sea!... ¡se cumplirá!... ¡Dios lo dispone!
mas... ¡qué horror!... ¡no es posible!... ¡noche infausta!...
¡Atila!... ¡mi señor!... mi rey!... mi esposo!...
mi tirano tambien!... ¡infame!... ¡aparta!

el tálamo que ofreces á mi vista . . .
una charca de sangre es de mi raza...
¿Y podré descansar en él mi frente?
no!... no!... ¡asesino!... quedaría manchada! (Transicion.
¡Padre mio, piedad! ¡tu nombre augusto
en mi lucha titánica me valga;
acude á mí, que presa del delirio
cual piélago agitado está mi alma.
En vano busco un solitario albergue;
me alejo en vano de la turba humana,
que dentro de mi ser llevo el veneno
que lentamente y sin cesar me abrasa.
Huid léjos de mí, sombras siniestras
que dó quiera mis pasos acompañan,
pensamientos crueles que me asedian,
impulsos misteriosos que me halagan,
huid; no puede la existencia mia
sufrir el peso de congoja tanta.
La soledad me cerca; este recinto
mudo, tranquilo, sepulcral, me pasma,
y el frio que mis venas entumece
al volcan de mi frente se levanta.
Aterrador silencio que á mi espíritu
concitas despiadado á la venganza,
no me persigas, huye; ves mi angustia;
ten compasion de mis ardientes lágrimas. (Con temor.)
Á favor de las nieblas de la noche
Gracian con paso vacilante marcha,
la faz enrojecida por la cólera,
trémulo el labio, turbia la mirada,
la mano sobre el pecho, sofocando
al vil sollozo que veloz se escapa,
y ocultando en los pliegues de su túnica
de implacable puñal la hoja acerada.
¡Ya se acerca!
(Con desvarío.) ¡Gracian! Gracian! detente,
vuelve en tí; no penetres en mi cámara...

¡guarda ese hierro que agitado empuñas!...
¡atrás! favor! favor! nadie me ampara!
¡todos huyen de mí!... ¡sola me encuentro!...
¡sola con él! ¡oh Dios! espera!... aguarda!...
¡no hieras! ¿qué pretendes? ¿que le mate?
(Como escuchando una respuesta.)
sí, sí, le mataré! ¿Y á quién?... ¡te engañas!
(Con energía cambiando de pensamiento.)
¿Á Atila? no es posible; invulnerable
le hace mi amor; desprecio tu amenaza!
Hiere, Gracian, mi pecho; aquí le ofrezco;
toma mi vida si matar te agrada.
Pero ¿á Atila?... ¡oh Dios! Atila tinto
(Aterrada, creyendo ver una sombra.)
en su sangre ha caido, ¡Muerto! ¡Guardias!
(Con voz apagada.)
¡Salvad á vuestro rey! ¡salvadle! ¡Cielos!
(Con desesperacion)
¿Es inútil? No, no; no así se aparta
la existencia tan pronto. Atila vive! (Con alegría.)
¿no observas que me mira? ¡Calla! calla!
¡abre los labios! la cabeza inclina
y pronuncia febril frases cortadas!
¡Y no las oigo! ¡oh Dios! (Con afan.) ¿qué dice Atila?
¿qué dice? ¡no lo entiendo! ¡habla! habla!
¡habla, por Dios!... ¡Gracian! ¿qué dice Atila?
¿que es preciso morir? ¡qué horror! ¡me espantas!
¡el infierno quizás! (Con temor.) ¡la vida eterna!
y de mi padre la presencia airada!
¡Morir!... ¿es necesario? ¿el rey del orbe
ha de morir tambien? ¿Tendrá la Dacia
quien la vengue por fin? ¿quién á los manes
de los vencidos héroes satisfaga?
Responded, invisibles moradores
de la noche, venid; plegad las alas!
¡Conozca yo el destino misterioso
del porvenir de Atila...

ATHEN. (Colocando su mano sobre el hombro de Aurelia.)
¡Tu venganza!
(Athenais ha salido un momento ántes, y se ha ido aproximando sin ser sentida por Aurelia.)

ESCENA VI.

AURELIA y ATHENAIS.

AUR. (Volviendo en sí y trémula.)
¡Oh! ¿qué es esto? ¡Athenais! ¿de dónde sales?
¿dónde estoy?
ATHEN. ¡Infeliz!
AUR. ¡Quiénes estaban
rodeándome aquí? ¿Cómo han marchado?
¿fué sueño ó realidad?
ATHEN. Eran fantasmas
tan sólo de tu mente; la conciencia,
que á tu rendido espíritu acusaba.
AUR. ¡Es verdad! es verdad!
ATHEN. (Con vigor.) ¡Naissus no existe!
AUR. ¡Cállate por favor!
ATHEN. Y en el Morava
han dejado la vida tantos séres
que rojas lleva las revueltas aguas.
AUR. (Decidida.) Sí, Athenais, morirá!
ATHEN. (Con seguridad.) ¡Yo te lo fío!
AUR. (Vacilando.) Mas... cómo? ¡Atiende! La bebida ingrata
que apura con placer...
ATHEN. (Anhelosa.) ¡Oh! te comprendo!...
¡el tósigo en el *cam*!... ¡lo adivinaba!
AUR. ¿Qué he podido decir?... no; no me escuches,
(Arrepintiéndose.)
¡desvarío!
ATHEN. ¡Sosiégate!... Cercanas
voces resuenan...

AUR. Sí... ya se dirige
con su córte servil á esta real cámara.
ATHEN. ¡El momento es precioso!...
AUR. Atila llega...
¡Gran Dios!
ATHEN. ¡Valor!
AUR. (Desfallecida.) ¡El corazon me falta!
ATHEN. Me ausento breve espacio... No me llames!...
AUR. ¿Por qué? (No comprendiendo-)
ATHEN. ¡Silencio! ¡Mira!
AUR. ¡Atila!
ATHEN. ¡Calma!

ESCENA VII.

AURELIA, ATILA, ELLAK, HERNAK, INACO, OLBAR, EDECON, BERICH y cortesanos hunos.

Aurelia permanece en medio del escenario; Atila sale por la izquierda del actor seguido de Ellak, Hernak, Inaco, Olbar, Edecon, Berich y los cortesanos: Athenais se vá por la izquierda sin ser percibida entre la multitud.

ATILA. (Dirigiéndose á Aurelia.)
¿Pasó tu malestar?
AUR. Sí, ¡esposo mio!
Un vértigo mortal me acongojaba
en el ancho salon; aquí el sosiego
le hizo desparecer.
ATILA. ¡Estás turbada!
AUR. No lo creas; tan sólo del cansancio
ligera huella mi cerebro embarga.
OLBAR. Gracias demos al cielo, hermosa Aurelia,
que alivió tu dolencia inesperada.
INACO. Triste sin nuestra reina, breve ha sido
el festin, cual lo ves; todos ansiaban
volverte á hallar risueña y satisfecha

entre los esplendores de la sala,
mas tu ausencia al notar, disgusto acerbo
en los mustios semblantes se notaba.

AUR. No os inquieteis por mí.

ATILA. El sueño puede
disipar tu ansiedad, esposa cara.

AUR. Tal creo. (Ap.) (¡Dios piadoso! sostenedme!)

ELLAK. Si permites ¡oh padre!... (Con humildad.)

ATILA. ¿Qué demandas?

ELLAK. Retirarnos, señor.

AUR. (Con voz medrosa.) No; yo suplico
que por mí no os marcheis.

ELLAK. ¡Señora!...

ATILA. (Con energía.) ¡Basta!
Cuando la reina expresa su deseo...
no hay más que obedecer.

AUR. (Ap.) (¡Mi frente estalla!)

ATILA. Llamad á mis esclavos; que nos sirvan
del fuerte *cam* la copa acostumbrada,
y despues, con la brisa apetecible,
retiraros podreis. La noche es larga,
y el reposo del cuerpo no os impide
que podais disfrutar la luz del alba.

OLBAR. Tu voz es ley. ¡Que lleguen los coperos!
(Á los criados de Atila, que salen por la izquierda. Los coperos aparecen con ánforas y copas de oro, que reparten entre los cortesanos. El servidor del rey le trae su copa de madera que le entrega.)

ATILA. (Á Aurelia.) Si lograras vencer la repugnancia
que ese licor te inspira, tus dolencias
como el humo tal vez se disiparan.

AUR. (Estremeciéndose.)
¡No es posible!

ATILA. ¿Qué temes?

AUR. (Á pesar suyo.) ¡Esa copa
me llena de terror!

ATILA. ¡Bebe!

AUR. (Con espanto.) ¡No!

ATILA. (Observándola.) Pálida
como la cima de nevada cumbre
te pone esta bebida. ¡Prueba!... es sana!...
Vigor la sangre con su fuerza adquiere;
la vida se prolonga... ¡prueba!

AUR. ¡Aparta!

ATILA. ¡Aurelia! Tu semblante se perturba;
tu mano es mármol... y la vista bajas...
¿por qué tiemblas así?

AUR. (Balbuciente.) ¿Yo?...

ATILA. ¿Qué contiene
este vaso?

AUR. ¿Sospechas?

ATILA. (Poseido de ira.) ¡Desdichada!

AUR. ¡Cobarde! Ven acá! Dame esa copa! (Cogiendo la copa.)
¡no vacilo en beber!...

ATILA. (Fuera de sí) Atila, ¡oh rabia!
jamás temió... ni al cielo, ni á la tierra!...
¿y pudiste decir?...
(Arrancando la copa de mano de Aurelia, y bebiendo todo su contenido de una vez.)
¡Mira! no hay nada! (Vuelve la copa.)

AUR. ¡Atila! Atila!...

ATILA. (Á los hunos.) ¡Despejad al punto!....
necesito descanso!... hasta mañana!...
¡salid!

INACO. ¡Padre!...

OLBAR. ¡Señor!...

ATILA. (Con voz de trueno.) ¡Salid, os digo...
¡dejadme solo! (Todos se retiran confusamente.)
(Á Aurelia, cogiéndola una mano.)
¡Ven! tú no te vayas!

ESCENA VIII.

ATILA, AURELIA.

AUR. ¡Solos estamos!
ATILA. ¡Sí!... ¡solos estamos!
Negras sospechas tu conducta empañan...
Habla, Aurelia; ha llegado ya el momento
en que es preciso que te expliques. ¡Habla!
AUR. ¿Qué pretendes? ¿qué quieres? ¿qué deseas?
¿piensas que me intimidas? no; te engañas.
No he delinquido, y el temor cobarde
sólo le siente quien espía una falta.
ATILA. ¿Y pura de ella estás?
AUR. ¿Quién me acrimina?
ATILA. ¡Tu conciencia!
AUR. ¡Jamás! Está sin mancha!
ATILA. Tú sostienes intrigas misteriosas
con gente infame de tu inquieta patria,
tú mi vida les vendes, no atendiendo
que el leon con quien juegas tiene garras.
¡Infeliz! tu secreto he sorprendido
á pesar de tu astucia solapada,
y vas á comprender á dónde llega
mi corazon sediento de venganza.
AUR. Sueñas, Atila; si matarme quieres,
no has de valerte de tan ruin infamia.
Yo... desprecio la vida... te la entrego!
¿qué me importa morir?... mas no te valgas
de la calumnia vil para excusarte...
¡eso es indigno de tu estirpe bárbara!
ATILA. ¿Y te atreves á hablar? ¿Yo no te he visto
temblar ante la copa malhadada,
seguir con interés mis movimientos,
y estremecerte al ver que la apuraba?
AUR. Sí, rey, sí; comprendí que ella podía

el término fijar de tu jornada,
y que el más miserable de tus siervos
era dueño de tí; que si mañana
vengar querían sus ofensas múltiples,
gozar con la ruina de tu raza,
pronto el veneno que el rencor produce
pasaría veloz á tus entrañas.
Esto pensé, y nube pavorosa
cubrió mis ojos, y quedé aterrada.

ATILA. ¿No me has hecho traicion?

AUR. No... á pesar mio!

ATILA. ¿Y quién era el romano, cuya audacia
te hizo perder las fuerzas hasta el punto
de hallarte yo de la razon privada?

AUR. ¿Cuándo, señor?

ATILA. Ayer un emisario
ocultamente penetró en mi casa,
y á comprarte venía!...

AUR. Ese emisario,
fué mi hermano Graciano. ¿Lo ignorabas?

ATILA. ¿Y qué vino á buscar? ¿Á dó le llevan
sus eternos intentos de venganza?

AUR. Á morir, ¡ay de tí! ¡ay de mí misma!
Es la mano de Dios la que amenaza.

ATILA. Y tú, Aurelia ¿proteges sus designios?
¿me vendes tú tambien? ¿tambien me ultrajas?
¿sólo he de hallar traicion en torno mio?
¿es el génio del mal el que me ampara?

AUR. Atila; tú, criado entre las selvas,
en las rudezas de la córte sármata,
al contacto de fiera soldadesca,
y creciendo al fragor de las batallas,
cultivar no has podido de tu espíritu
el gérmen delicado que le esmalta.
No puedes comprender que amor y ódio
en maridaje estrecho se entrelazan,
y que deseo verte entre mis brazos,

y que deseo desgarrar tu alma.

ATILA. ¿Por qué me odias?

AUR. (Con pavor.) ¡No me lo recuerdes!
Hay un sepulcro á orillas del Morawa,
testimonio cruel de tu fiereza,
que entre los dos gigante se levanta.

ATILA. ¡El azar de la guerra no es culpable!

AUR. Es culpable el afan de provocarla.

ATILA. Si á tus deudos mataron mis soldados,
tambien el dacio ensangrentó sus armas.

AUR. Defendiendo su hogar que el extranjero
sin piedad invadia y arrasaba.

ATILA. En fin, si el ódio el corazon te oprime,
¿por qué llegaste á coronar mi saña?

AUR. ¡Por vengarme no más!

ATILA. ¿Luégo, traidora,
amor mentiste con artera audacia?

AUR. No; te amo tambien! Quiso el infierno
doblegar á su antojo mi arrogancia;
burlar las decisiones de la mente,
y escarnecer mi inmarcesible fama.

ATILA. ¿Y qué piensas hacer de tu existencia?

AUR. Sucumbir nada más; la suerte aciaga
torció el sendero que ante mí veía,
y perdida me entrego á mi desgracia.

ATILA. ¿Quieres bajar conmigo hasta la tumba?

AUR. Sí; lo anhelo!

ATILA. Pues bien; la frente alza!
Justos recorreremos las regiones
del país de las sombras. Enlazadas
estarán nuestras manos fuertemente
cuando en la pira nuestros cuerpos ardan.

AUR. Tienes razon; la dicha es tan efímera,
que como el soplo de la brisa pasa,
y al descorrer el velo que la cubre
queda sólo la muerte descarnada.
Risas y llanto viven confundidos

en nuestra frágil existencia humana,
pero no temas; hay tras el sepulcro
otra vida más pura, más diáfana;
donde una eternidad espera al hombre
de dichas inefables no soñadas.
Abandonar la tierra es un consuelo;
es enjugar nuestras eternas lágrimas,
fecundo manantial que en vano el hombre
por agotar con avidez trabaja.
¿Qué es el amor? Miseria de la vida;
¿qué es la amistad? Ponzoña para el alma;
acabe tal martirio; abandonemos
esta cadena que al vivir nos ata.

ATILA. (Vacilante.)
¿Qué decías?... no sé!... Noto en la frente
un peso singular!... la voz me falta,
y el pavimento oscila...

AUR. (Como herida del rayo.) ¡Dios!

ATILA. Un vértigo
me acomete cruel... pero, ya pasa!
¡Qué funesta congoja!

AUR. (Ap.) (¡Horrible duda!)
(En voz alta y dirigiéndose al fondo.)
Aquí tu lecho está; ven y descansa.

ATILA. No, Aurelia; no me encuentro fatigado;
es... (Con un estremecimiento de horror.)
¡luz de luz!

ATHEN. (Se asoma por la puerta de la izquierda.)
(Se oculta de nuevo.) ¡Aún vive!

ATILA. (Con desesperacion.) ¡Inmensa rabia!
¡el tósigo en mis venas se introduce!...
le siento combatir... ¡Y tú me matas!...

AUR. ¡Atila! rey! señor!... no me condenes! (Con afliccion.)
¡Padezco más que tú!

ATILA. ¡Infame, calla!
Has estado esperando á que el veneno
llegase á funcionar en mis entrañas!...

(Con fatiga.) ¡Yo me ahogo!...

AUR. ¡Señor! por el Altísimo
que nos mira, te juro que te engañas.

ATILA. Tú el *cam* inficionaste!... Sierpe inícua,
que astuta penetraste en mi morada!...
Tú, vendiendo con negra felonía
mi amor, tu honra, tus promesas sacras,
indefenso me entregas al encono
de quien vencer no supo mi arrogancia!
¡á tu cobarde emperador!... ¿Y puede
caber en pecho humano infamia tanta?

AUR. (Con resignacion.) Atila, es necesario; la fortuna
á ambos á dos nos vuelve las espaldas!
¡Prepárate á morir! Mas ántes quiero
perecer yo tambien; no me acobarda
terminar de sufrir; toma el acero
que tu mano impaciente busca, y clava
en mi seno su hoja; que sucumba,
dándote al ménos mi señor las gracias.
No vertí la ponzoña en tu bebida,
pero soy criminal; yo soy la causa
de tu muerte, señor; yo!... que te amo
con ciego frenesí, con toda el alma. (Arrodillándose.)
Hiere, Atila; conmuévate mi ruego;
aquí mi pecho está; coge tu espada,
y véngate de mí, que te asesino...
¡yo te vendí cruel!...
(Exasperada levantándose.) ¡Cobarde! ¡mata!

ATILA. La muerte se aproxima... y te abandono!...
¿qué más felicidad?... De mí te apartas
para siempre, mujer!... ¿sabes acaso
el inefable gozo que me embarga?
Te desprecio... y perdono! Tú no puedes
privar á Atila de su eterna fama,
y tu misma traicion será aureola
para mi nombre y para el tuyo infamia.
¡Oh! me siento morir!

AUR. (Llamando.) ¡Favor!

ATILA. (Imperiosamente.) ¡Silencio!
nadie ha de penetrar en esta cámara
mientras vida me reste; nadie mire
luchar la fiera en sus postreras ansias.

AUR. ¡Oh Dios! ¿qué hacer? (Confusa.)

ATILA. ¿Qué hacer?... Ver la grandeza
de quien morir no teme; eso te basta!

AUR. ¡Palideces!

ATILA. Sí! sí!

AUR. (Acongojada.) ¡Vacilas!

ATILA. (Con voz ronca y apagada.) ¡Oye!
Conozco que el espíritu se escapa...
y debo aprovechar estos momentos
ántes que huya la razon!... Mañana
estarías perdida!... ¡Te aborrecen!
¡tienes muchos contrarios en Germania!
¡Aún te puedes salvar!... ¡coge tus joyas!...
y avísale á Gracian!... ya pronto el alba
disipará las nieblas de la noche,
y entónces... será tarde! Huye!

AUR. (Profundamente afectada.) ¡Calla!
El cielo que reunió nuestros destinos,
la muerte á un mismo tiempo nos depara.
¡Mi dolor es mortal! (Desfallecida.)

ATILA. ¡No desvaríes!
huye, Aurelia; comprende mis palabras!
Cuando aparezca mi cadáver luégo,
habrá gran confusion; todas las razas
que domina mi extenso poderío
querrán romper el yugo que las ata,
y estallará la guerra; tú, entre todos,
á las iras feroces entregada,
inmolada serás; parte y conserva
recuerdo eterno de esta noche infausta.

AUR. (Á los piés de Atila.)
Señor!... ¡piedad!

ATILA. (Vacilando.) ¡No puedo sostenerme!
¡Déjame! ¡no te arrastres á mis plantas!
¡La muerte llega!... ¡su contacto siento!...
¡no me sigas!...

AUR. (Levantándose.) ¡Atila!

ATILA. (Preso del vértigo.) Me arrebata
cruel fatalidad! ¡Nadie perciba
el último rugido de mi rabia!
¡Atila! el rey del universo entero,
mostrar no debe la flaqueza humana!...
Aquel es mi sepulcro... te prohibo
(Señalando á Aurelia la alcoba del fondo.)
que penetres en él!...
(Se lanza á la carrera á su alcoba quedando el cortinaje corrido.)

AUR. (Siguiéndole loca.) ¡Señor!

ATHEN. (Que ha salido y la coge del brazo.) ¡Aguarda!

ESCENA IX.

AURELIA, ATHENAIS, á poco GRACIANO por la derecha.

AUR. ¡Athenais! ah!
(Dá un grito y cae exánime al suelo.)

ATHEN. (Aterrada.) ¡Gran Dios!... ¡Muerta!... Su pecho
no puedo resistir angustia tanta!
¡Noche terrible! Envuelve en tus tinieblas
todo el horror de mi fiereza insana!
¡Oh! Graciano! ¿qué buscas? no... ¡detente!...
(Viéndolo aparecer.)
¡huye! menguado!... ¡Dios nos desampara!

GRAC. ¡Aurelia!
(Notando el cuerpo de su hermana.)

ATHEN. ¡Sucumbió!

GRAC. (Exaltado.) ¡Ella! ¡Dios santo!
¿Y Atila?

ATHEN. ¡Mira!
(Levanta la cortina del fondo y queda al descubierto el cadá-

ver de Atila tendido sobre la piel.)

GRAC. (Frenético.) ¿Y quién?...

ATHEN. (Con arrogancia.) ¡Yo!

GRAC. ¡Tú! ¡malvada!
El objeto no más de mi existencia,
mujer aborrecible, me arrebatas!
¡Únase el asesino con su víctima!
¡muere! (La hiere.)

ATHEN. Gracian! ¿qué has hecho? (Cayendo herida.)

GRAC. (Dando grandes voces y con frenesí.) ¡Infame! ¡Guardias!
¡acudid! acudid! ¡El rey no existe!
¡el infierno su cólera desata!
¡Satan sube á la tierra! ¡estremeceos!
¡maldicion! ¡maldicion á vuestra raza!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, EDECON, ELLAK, OLBAR, BERICH y soldados hunos, que acuden tumultuosamente por varios lados, INACO sale el último.

EDECON. ¡Qué voces!...

BERICH. ¡Dos cadáveres!

ELLAK. (Yendo al fondo.) ¡Mi padre!
¡qué horror!

INACO. ¡Asesinado!

GRAC. ¡Vil canalla!
Yo soy quien le maté; venga el suplicio!
¡bebed mi sangre! ¡preparad las llamas!
(Athenais, que ha estado luchando con la muerte, al oir á Graciano confesarse autor del asesinato de Atila, quiere incorporarse para hablar, pero las fuerzas le faltan y cae muerta.)

ELLAK. ¡Prendedle! (Los soldados se apoderan de Graciano.)

GRAC. ¡Justo Dios! ¡Ya estoy tranquilo!

ELLAK. ¡Llevadle! ¡conducidle á la esplanada
y separad al punto su cabeza!

GRAC. (Con solemnidad y arrogancia.)

¡Vamos! ¡Venid á contemplar mi audacia!
¡La confusion en vuestros pechos queda!
¡En el mio... el júbilo se inflama!...
¡Hunos salvajes! ¡humillad la frente!...
¡Atila pereció! ¡triunfa la Dacia!!

(Todos se dirigen en tropel hácia la puerta de la derecha. Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.